

“HOJA” DE NIGGLE
(Tolkien)

Había una vez un pobre hombre llamado Niggle, que tenía que hacer un largo viaje. El no quería; en realidad, todo aquel asunto le resultaba enojoso, pero no estaba en su mano evitarlo. Sabía que en cualquier momento tendría que ponerse en camino, y sin embargo no apresuraba los preparativos.

Niggle era pintor. No muy famoso, en parte porque tenía otras cosas que atender, la mayoría de las cuales se le antojaban un engorro; pero cuando no podía evitarlas (lo que en su opinión ocurría con excesiva frecuencia) ponía en ellas todo su empeño. Las leyes del país eran bastante estrictas. Y existían además otros obstáculos. Algunas veces se sentía un tanto perezoso y no hacía nada. Por otro lado, era en cierta forma un buenazo. Ya conocen esa clase de bondad. Con más frecuencia lo hacía sentirse incómodo que obligado a realizar algo. E incluso cuando pasaba a la acción, ello no era óbice para que gruñese, perdiera la paciencia y maldijese (la mayor parte de las veces por lo bajo)

En cualquier caso lo llevaba a hacer un montón de chapuzas para su vecino el señor Parish, que era cojo. A veces incluso echaba una mano a gente más distantes si acudían a él en busca de ayuda. Al mismo tiempo, y de cuando en cuando, recordaba su viaje y comenzaba sin mucha convicción a empaquetar algunas cosillas. En estas ocasiones no pintaba mucho. Tenía unos cuantos cuadros comenzados, casi todos demasiado grandes y ambiciosos para su capacidad. Era de esa clase de pintores que hacen mejor las hojas que los árboles. Solía pasarse infinidad de tiempo con una sola hoja, intentando captar su forma, su brillo y los reflejos del rocío en sus bordes. Pero su afán era pintar un árbol completo, con todas las hojas de un mismo estilo y todas distintas.

Había un cuadro en especial que le preocupaba. Había comenzado como una hoja arrastrada por el viento y se había convertido en un árbol. Y el árbol creció, dando numerosas ramas y echando las más fantásticas raíces. Llegaron extraños pájaros que se posaron en las ramitas, y hubo que atenderlos. Después, todo alrededor del árbol y detrás de él, en los espacios que dejaban las hojas y las ramas, comenzó a crecer un paisaje. Y aparecieron atisbos de un bosque que avanzaba sobre las tierras de labor y montañas coronadas de nieve. Niggle dejó de interesarse por sus otras pinturas. O si lo hizo fue para intentar adosarlas a los extremos de su gran obra. Pronto el lienzo se había ampliado tanto que tuvo que echar mano de una escalera; y corría, arriba y abajo, dejando una pincelada aquí, borrando allá unos trazos. Cuando llegaban visitas se portaba con la cortesía exigida, aunque no dejaba de jugar con el lápiz sobre la mesa.

Escuchaba lo que le decían, sí, pero seguía pensando en su gran lienzo, para el que había levantado un enorme cobertizo en el huerto, sobre una parcela en la que en otro tiempo cultivara patatas.

No podía evitar ser amable. “Me gustaría tener más carácter”, se decía algunas veces, queriendo expresar su deseo de que los problemas de otras personas no le afectasen. Pasó algún tiempo sin que le molestaran mucho. “Cueste lo que cueste”, solía decir, “acabaré este cuadro, mi obra maestra, antes de que me vea obligado a emprender ese maldito viaje”. Pero comenzaba a darse cuenta de que no podría posponerlo indefinidamente. El cuadro tenía que dejar de crecer y había que terminarlo. Un día Niggle se plantó delante de su obra, un poco alejado, y la contempló con especial atención y desapasionamiento. No tenía sobre ella una opinión muy definida, y habría deseado tener algún amigo que le orientase. En realidad no le satisfacía en absoluto, y sin embargo la encontraba muy hermosa, el único cuadro verdaderamente hermoso del mundo. En aquellos momentos le hubiera gustado verse a sí mismo entrar en el cobertizo, darse unas palmaditas en la espalda y decir (con absoluta sinceridad): “¡Realmente magnífico! para mí está muy claro lo que te propones por nada más. Te conseguiremos una subvención oficial para que no tengas problemas.”

Sin embargo, no había subvención. Y él era muy consciente de que necesitaba concentrarse, trabajar, un trabajo serio e ininterrumpido, si quería terminar el cuadro, incluso aunque no lo ampliase más. Se arremangó y comenzó a concentrarse. Durante varios días intentó no preocuparse en otros temas. Pero se vio interrumpido de forma casi continua. En casa las cosas se torcieron; tuvo que ir a la ciudad a formar parte de un jurado; un conocido cayó enfermo; el señor Parish sufrió un ataque de lumbago y no cesaron de llegar visitas. Era primavera y les apetecía un té gratis en el campo. Niggle vivía en una casita agradable, a varias millas de la ciudad. En su interior los maldecía, pero no podía negar que él mismo los había invitado tiempo atrás, en el invierno, cuando a él no le había parecido una interrupción ir de tiendas, y tomar el té en la ciudad con sus amistades. Trató de endurecer su corazón, pero sin resultado. Había muchas cosas a las que tenía que hacer cara para negarse, las considerase obligaciones o no; y había ciertas cosas que se veía obligado a hacer, pensase lo que pensase. Algunas de las visitas dieron a entender que el huerto parecía bastante descuidado y que podría recibir la visita de un inspector. desde luego, pocos tenían la noticia de su cuadro; pero aunque lo hubiesen sabido, tampoco habría mucha diferencia. Dudo que hubiesen pensado que era muy importante. Me atrevería a decir que no era muy bueno, aunque tuviera algunas partes logradas. El árbol, sobre todo, era curioso. En cierto modo, muy original. Igual que Niggle, aunque él era también un hombrecillo de lo más común, y bastante simple.

Llegó por fin el momento en que el tiempo de Niggle se volvió sumamente precioso. Sus amistades, allá lejos en la ciudad, comenzaron a recordar que el pobre hombre debía hacer un penoso viaje, y algunos calculaban ya cuánto tiempo, como máximo, podría posponerlo. Se preguntaban quién se quedaría con la casa y el huerto presentaría un aspecto más cuidado.

Había llegado el otoño, muy húmedo y ventoso. El hombre se encontraba en el cobertizo. Estaba subido en la escalera tratando de plasmar el reverbero del sol poniente sobre la nevada cumbre de una montaña que había visualizado justo a la izquierda y al extremo de una rama cargada de hojas. Había que se vería obligado a marcharse pronto; quizá al comienzo del nuevo año. Sólo tenía tiempo de terminar el cuadro, y aún así no

de modo definitivo: había algunos puntos donde sólo tendría tiempo para esbozar lo que pretendía.

Llamaron a la puerta. “¡Adelante!”, dijo con brusquedad, y bajó de la escalera. Era su vecino Parish: el único cercano, pues el resto vivía a bastante distancia. No sentía, sin embargo, un aprecio especial por él, porque a menudo se veía en apuros y precisaba ayuda, y en parte también porque no le interesaba nada la pintura, al tiempo que no cesaba de criticarle el huerto. Cuando Parish lo contemplaba (lo que ocurría con frecuencia) veía sobre todo las malas hierbas; y cuando miraba los cuadros de Niggle (rara vez) sólo veía manchas verdes y grises, y líneas negras que se le antojaban completamente sin sentido. No le importaba hablar de las hierbas (era su deber de vecino), pero se abstenía de dar cualquier opinión sobre los cuadros. Pensaba que era una postura muy agradable, y no se daba cuenta de que aún sintiéndolo, no resultaba suficiente. Un poco de ayuda con las hierbas (y quizá alguna alabanza para los cuadros) habría sido mejor.

“Bien, Parish, ¿qué hay?”, dijo Niggle.

“Ya sé que no debería interrumpirle”, dijo Parish, sin echar una sola mirada al cuadro. “Estará usted ocupadísimo, estoy seguro.” Niggle había pensado decir algo por el estilo, pero perdió la oportunidad. todo lo que dijo fue: “Sí.”

“Pero no tengo ningún otro a quién acudir”, añadió Parish.

“Así es”, dijo Niggle con un suspiro: uno de esos suspiros que son un comentario personal, pero que en parte dejamos aflorar. “¿En qué puedo ayudarle?”

“Mi mujer lleva ya algunos días enferma y estoy empezando a preocuparme”, dijo Parish. “Y el viento se ha llevado la mitad de las tejas de mi casa y me entra la lluvia en el dormitorio. Creo que debería llamar al doctor y a los albañiles, pero ¡tardan tanto en acudir!. Pensaba si no tendría usted algunas maderas y lienzos que no le hagan falta, aunque sólo sea para poner un parche y poder tirar un día o dos más.” Fue entonces cuando dirigió la mirada al cuadro.

“¡Vaya, vaya!”, dijo Niggle. “Sí que tiene mala suerte. Espero que lo de su esposa sólo sea un constipado. En seguida voy y le ayudo a trasladarla al piso bajo.”

“Muchas gracias”, dijo Parish con notable frialdad, “pero no es un constipado, es una calentura. No le hubiera molestado por un simple catarro. Y mi mujer ya guarda cama en piso bajo: con esta pierna no puedo andar subiendo y bajando bandejas. Pero ya veo que está ocupado. Lamento de veras la molestia. Tenía esperanzas de que pudiese perder el tiempo para ir a avisar al médico, viendo la situación en que me hallo; y al albañil también, si de verdad no le sobran lienzos”.

“No faltaba más”, dijo Niggle, aunque otras palabras se le agolpaban en el ánimo, donde en aquel momento había más debilidad que amabilidad. “Podría ir; iré, si está tan ocupado.”

“Lo estoy, y mucho. ¡Ojalá no padeciera esta cojera!”, dijo Parish.

Así que Niggle fue. Ya veis, aquello resultaba de lo más curioso. Parish era su vecino más cercano; los demás quedaban bastante lejos. Niggle tenía un bicicleta, y Parish no; ni siquiera podía montar: era cojo de una pierna, una cojera seria que le causaba muchos dolores; merecía la pena tenerlo en cuenta, igual que su expresión desabrida y su voz quejumbrosa. A su vez Niggle tenía un cuadro y apenas tiempo para terminarlo: Parecía lógico que fuese Parish el que tuviese aquello en cuenta, no Niggle. Parish, sin embargo, no se tomaba en serio la pintura, y Niggle no podía cambiar aquel hecho.

“¡Maldita sea!”, rezongó para sí mientras sacaba la bicicleta.

Había humedad y viento, y la luz del día estaba ya desvaneciéndose.

“Hoy se acabó el trabajo para mí”, pensó Niggle. Y mientras pedaleaba, no cesó de echar pestes para sus adentros ni de ver pinceladas en la montaña y en la vegetación inmediata, que, en un principio, había imaginado primaveral. Sus dedos se crispaban sobre el manillar. Ahora que ya no estaba en el cobertizo intuyó perfectamente la forma de tratar aquella brillante línea de hojas que enmarcaba la lejana silueta de la montaña. Pero pesaba en su corazón una congoja, una espacio de temor de que nunca tendría ya la oportunidad de intentarlo.

Niggle encontró al médico, y dejó una nota donde el albañil, que ya había cerrado para irse a descansar junto al fuego de su chimenea. Niggle se empapó hasta los huesos, y cogió él también un resfriado. El médico no se dio tanta prisa como Niggle. Llegó el día siguiente, lo que le resultó mucho más cómodo, pues para entonces ya había en casas vecinas, dos pacientes a los que atender. Niggle estaba en cama con fiebre alta, y en su cabeza y en el techo tomaba forma maravillosos entramados de hojas y ramas. No le fue de ningún consuelo saber que la señora Parish sólo tenía catarro, y que ya lo estaba superando. Volvió la cara hacia la pared, y buscó refugio en las hojas.

Permaneció en cama algún tiempo. El viento seguía soplando y se llevó otro buen número de tejas en casa de Parish, y también algunas en la de Niggle. En el tejado aparecieron goteras. El albañil seguía sin presentarse. Niggle no se preocupó; al menos, durante un día o dos. Luego se arrastró fuera de la cama para buscar algo de comer (Niggle no tenía mujer). Parish no volvió. La humedad se le había metido en la pierna que le dolía, y su mujer estaba muy ocupada recogiendo el agua y preguntándose si “ese señor Niggle” no se habría olvidado de avisar al albañil. Si ella hubiera entrevisto la más mínima posibilidad de pedirle prestado algo que les fuese útil, habría enviado allí a Parish, le doliese o no la pierna; pero no se le ocurrió nada, de modo que se olvidaron del vecino.

Al cabo de unos siete días Niggle volvió con pasos inseguros hasta el cobertizo. Intentó subirse a la escalera, pero la cabeza se le iba. Se sentó y contempló el cuadro; aquel día no había hojas en su imaginación ni vislumbres de montañas. Podía haber pintado un desierto arenoso que se perdía allá a lo lejos, pero le faltaron energías.

“¡Maldita sea!”, dijo Niggle; aunque le hubiera dado igual responder con educación: “¡Adelante!”, porque de todas maneras la puerta se abrió. En esta ocasión encontró un hombre de buena estatura, un perfecto desconocido.

“Esto es un estudio privado”, dijo Niggle. “Estoy ocupado, ¡váyase!”.

“Soy inspector de inmuebles”, dijo el hombre, manteniendo en alto sus credenciales de forma que Niggle las pudiera ver desde la escalera.

“¡Oh!”, dijo.

“La casa de su vecino está muy descuidada”, dijo el Inspector.

“Ya lo sé”, dijo Niggle. “Les dejé una nota a los albañiles hace bastante tiempo, pero no han venido. Luego yo caí enfermo”.

“Ya”, dijo el Inspector. “Pero ahora no está enfermo”.

“Pero yo no soy albañil. Parish debió presentar una reclamación al Ayuntamiento y conseguir ayuda del Servicio de Urgencias.”

“Están ocupados con daños más importantes que cualquiera de éstos”, dijo el Inspector. “Ha habido inundaciones en el valle y numerosas familias se han quedado sin hogar. Usted debía haber ayudado a su vecino a hacer unos arreglos provisionales y evitar así perjuicios cuya reparación fuese más costosa. Lo dicta la Ley. Tiene aquí cantidad de materiales: lienzo, madera, pintura impermeable.”

“¿Dónde?”, preguntó Niggle indignado.

“Ahí”, dijo el Inspector señalando el cuadro.

“¡Mi cuadro!”, exclamó Niggle.

“Me temo que sí”, dijo el Inspector, “pero primero son las casas: La ley es la ley”.

“Pero no puedo...”. Niggle no dijo más, porque en aquel momento entró otro hombre. Se parecía mucho al Inspector, casi como un doble, alto, todo vestido de negro.

“Vamos”, dijo. “Soy el chófer.”

Niggle bajó la escalera tambaleándose. Parecía haberle vuelto la fiebre y la cabeza se le iba. Sintió frío en todo el cuerpo.

“¿Chófer? ¿Chófer?”, murmuró. “¿Chófer de qué?”.

“Suyo y de su coche”, dijo el hombre. “Hace tiempo que el vehículo estaba pedido. Por fin ha llegado. Le está esperando. Ya sabe usted que hoy sale de viaje.”

“Eso es”, dijo el Inspector. “Tiene que marcharse.. Mal comienzo para un viaje dejar las cosas sin terminar. Pero, en fin, al menos ahora podremos dar alguna utilidad a este lienzo.”

“¡Dios mío!”, dijo el pobre Niggle, echándose a llorar. “Ni siquiera está terminado.”

“¿No lo ha acabado?”, dijo el chofer. “Bueno, de cualquier forma, y por lo que a usted respecta, ya está todo hecho. ¡Vámonos!”.

Niggle salió en completo silencio. El chófer no le dio tiempo a hacer las maletas, pues según él las debía haber preparado antes e iban a perder el tren. Niggle se sentía cansado y adormecido; a duras penas fue consciente de lo que pasaba cuando lo empujaron dentro de un compartimiento. No le importaba mucho; había olvidado para qué o hacia dónde se suponía que iba. El tren penetró casi en seguida en un negro túnel.

Niggle despertó en una amplia estación, débilmente iluminada. Un maletero iba gritando por el andén; pero no voceaba el nombre de la estación, sino ¡Niggle!

Niggle bajó a toda prisa y se dio cuenta de que había olvidado el maletín. Dio media vuelta, pero el tren ya se alejaba.

“¡Ah!”, dijo el maletero. “Es usted. ¡Sígame! ¡Cómo! ¿No tiene equipaje? Tendrá que ir al asilo.”

Niggle se sintió enfermo y cayó desmayado en el andén. Le subieron a una ambulancia y se lo llevaron a la enfermería del asilo. No le gustó nada el tratamiento. La medicación que le daban era amarga. Los enfermeros y celadores eran fríos, silenciosos y estrictos; y nunca veía a otras personas, salvo a un médico muy severo que le visitaba de cuando en cuando. Más parecía en una cárcel que en un hospital. Tenía que realizar un trabajo pesado, de acuerdo con un horario establecido: cavar, carpintería, y pintar de un solo color simples tableros. Nunca se le permitió salir, y todas las ventanas daban al interior. Le mantenían a oscuras durante horas y horas, “para que pueda meditar”, decían. Perdió la noción del tiempo. Y no parecía que empezase a mejorar, al menos si por mejorar entendemos encontrar algún placer en realizar las cosas. Ni siquiera ir a dormir se lo proporcionaba.

Al principio, durante el primer siglo o así (yo me limito simplemente a exponer sus impresiones) solía preocuparse sin sentido por el pasado. Mientras permanecía echado en la oscuridad, se repetía una y otra vez lo mismo: “¡Ojalá hubiera visitado a Parish durante la mañana que siguió al ventarrón! era mi intención. Hubiera sido fácil volver a colocar las primeras tejas sueltas. Seguro que entonces la señora Parish no habría cogido aquel catarro. Y yo tampoco me habría resfriado. Habría dispuesto de una semana más.” Pero con el tiempo fue olvidando para qué había deseado aquellos siete días. A partir de entonces, si se preocupó de algo fue de sus tareas en el hospital. Las planeaba con antelación, pensando cuanto tiempo le llevaría evitar que se resquebrajase aquel tablero, ajustar una puerta o arreglar la pata de la mesa. Parece fuera de duda que llegó a ser bastante servicial, si bien nadie se lo dijo nunca. Aunque, claro, no era ésta la razón por la que lo retuvieron tanto tiempo al pobrecillo. Debían haber estado esperando a mejorarse, y juzgaban la “mejoría” de acuerdo con un extraño y peculiar sistema médico.

De todas formas, el pobre Niggle no obtenía ningún placer de aquella vida. Ni siquiera los que él había aprendido a llamar placeres. No se divertía, desde luego; pero tampoco podía negarse que comenzaba a experimentar un sentimiento de, digamos, satisfacción: a falta de pan...Se había acostumbrado a iniciar su trabajo tan pronto como

sonaba una campana y dejarlo al sonar la siguiente todo recogido y listo para poderlo continuar cuando fuera preciso. había muchas cosas al cabo del día. Terminaba sus trabajillos con todo primor. No tenía tiempo libre (excepto cuando se encontraba solo en su celda) y, sin embargo, comenzaba a ser dueño del tiempo; comenzaba a saber qué hacer con él. Allí no existía ninguna sensación de prisa. Disfrutaba ahora de mayor paz interior, y en los momentos de descanso podía descansar de verdad.

Entonces, de improviso, le cambiaron todo el horario; casi no le permitían ir a la cama. Lo apartaron totalmente de la carpintería y lo mantuvieron cavando una jornada tras otra. Lo aceptó bastante bien: pasó mucho tiempo antes de que intentase rebuscar en el fondo de su espíritu las maldiciones que casi había olvidado. Estuvo cavando hasta que le dio la impresión de tener rota la espalda, las manos se le quedaron en carne viva y comprendió que era incapaz de levantar una palada más de tierra. Nadie le dio las gracias. Pero el médico se acercó y echó una ojeada.

“¡Basta!”, dijo. “Descanso absoluto. A oscuras.”

Niggle yacía en la oscuridad, completamente relajado, y como no había sentido ni pensado en absoluto, no podía asegurar si llevaba allí horas o años. Fue entonces cuando oyó voces que nunca había oído antes. Parecía tratarse de un consejo de médicos, o quizá de un jurado reunido allí al lado, en una habitación inmediata y seguramente con la puerta abierta, aunque no percibía ninguna luz.

“Ahora el caso Niggle”, dijo una Voz severa, más severa que la del doctor.

“¿De qué se trata?”, dijo una Segunda Voz, que se podía calificar de amable, aunque no era suave; era una voz que destilaba autoridad y sonaba a un tiempo esperanzadora y triste. “¿Qué le pasa a Niggle? Tenía el corazón en su sitio.”

“Sí, pero no funcionaba bien”, dijo la Primera Voz. Y no tenía la cabeza bien encajada; pocas veces se detenía a pensar. Fíjese en el tiempo que perdía, y sin siquiera divertirse. Nunca terminó de prepararse para el viaje. Vivía con cierto desahogo y, sin embargo, llegó aquí con lo puesto, y hubo que ponerle en el ala de beneficencia. Me temo que es un caso difícil. Creo que debería quedarse algún tiempo más.”

“Puede que le sentara mal”, dijo la Segunda Voz. Pero no hay que olvidar que es pobre hombre. Jamas se pretendió que llegase a ser alguien. Y nunca fue muy fuerte. Vamos a ver los registros... Sí. Hay algunos puntos a su favor, en efecto.”

“Quizá”, dijo la Voz Primera. “Pero pocos de ellos resistirían un análisis exhaustivo.”

“Bueno”, contestó la Voz Segunda, “tenemos esto: era pintor por vocación; de segunda fila, desde luego. Con todo, una hoja pintada por Niggle posee un encanto propio. Se tomó muchísimo trabajo con las hojas, y sólo por cariño. Nunca creyó que aquello fuera a hacerle importante. Tampoco aparece en los registros que pretendiese, ni siquiera ante sí mismo, excusar con esto su olvido de las leyes.”

“Entonces no habría olvidado tantas”, dijo la Primera Voz.

“De cualquier modo Niggle respondió a muchísimas llamadas.”

“A un pequeño porcentaje, la mayoría muy fáciles; y las calificaba de “interrupciones”. Esa palabra aparece por todas partes por los Registros, junto con un montón de quejas e imprecaciones estúpidas.”

“Cierto. Pero a él, pobre hombre, le parecieron sin duda interrupciones.” Por otro lado, jamás esperaba ninguna recompensa, como tantos de su clase lo llaman. Tenemos el caso de Parish, por ejemplo, que ingresó después. Era el vecino de Niggle. Nunca movió un dedo por él, y en rarísimas ocasiones llegó a mostrar alguna gratitud. Sin embargo, nada en los Registros indica que Niggle esperara la gratitud de Parish. No parece haber pensado en ello.”

“Sí, eso es algo”, dijo la Primera Voz, “aunque bastante poco. Lo que ocurre, como podrá comprobar, es que muchas veces Niggle simplemente lo olvidaba. Borraba de su mente, como una pesadilla ya pasada, todo lo que había hecho por Parish.”

“Nos queda aún el último informe”, dijo la Segunda Voz. “El viaje en bicicleta bajo al lluvia. Quisiera destacarlo. Parece evidente que fue un auténtico sacrificio: Niggle sospechaba que estaba echando por la borda su última oportunidad con el cuadro, y sospechaba, también, que no había razones de peso para la preocupación de Parish”.

“Creo que le da mas valor del que tiene”, dijo la voz Primera. “Pero usted tiene la ultima palabra. Tarea suya es, desde luego, presentar la mejor interpretación de los hechos. A veces la tienen. ¿Cual es su promesa?”.

“Creo que el caso está ahora listo para un tratamiento mas amable”, dijo la Segunda Voz.

Niggle penso que nunca había oído nada tan generoso. Lo de “tratamiento amable” hacia pensar en un cumulo de espléndidos regalos y en la invitación a un festín regio. En aquel momento Niggle se sintió avergonzado. Oír que se le consideraba digno de un tratamiento bondadoso le abrumaba y le hizo enrojecer en la oscuridad. Era como ser galardonado en publico, cuando el interesado y todos los presentes saben que el premio es inmerecido. Niggle ocultó su sonrojo bajo la burda manta.

Hubo un silencio. Luego la Voz Primera, muy cercana, se dirigió a él. “Ha estado escuchando”, dijo.

“Sí”, respondió.

“Bueno, ¿alguna observación?”.

“¿Puede darme noticias de Parish?”, dijo Niggle. “Me gustaría volverle a ver. Espero que no se encuentre muy mal. ¿Pueden curarle la pierna? Le hacia pasar malos ratos. Y, por favor, no se preocupen por nosotros dos. era un buen vecino y me proporcionaba patatas excelentes a muy buen precio, ahorrándome mucho tiempo”.

“¿Sí?”, dijo la Primera Voz. “Me alegra oírlo”.

Hubo otro silencio. Niggle se dio cuenta de que las voces se alejaban. “Bien, de acuerdo”, oyó que respondía en la distancia la Primera Voz. “Que comience la segunda fase. Mañana mismo, si usted quiere.”

Al despertar Niggle encontró que las persianas estaban levantadas y su pequeña celda inundada de sol. Se levanto, y comprobó que le habían proporcionado ropas cómodas, no el uniforme del hospital. después del desayuno el doctor le atenido las manos doloridas, dándole un unguento que en seguida se las mejoro. Le dio además unos cuantos consejos y un frasco de tónico, por si le hacia falta. A media mañana le entregaron una galleta y un vaso de vino; y luego un billete.

“Ya puede ir a la estación”, dijo el medico. “Le acompañara el maletero. Adiós”.

Niggle se escabullo por la puerta principal y parpadeo algo sorprendido. Había un sol radiante. Además había esperado salir a una gran ciudad, a juzgar por el tamaño de la estación. Pero no fue así. Se encontró en la cima de una colina, verde, desnuda, barrida por un viento vigorizante. No había nadie mas por allí. Lejos, al pie de la colina, vio brillar el tejado de la estación.

Camino hacia ella colina abajo con paso rápido, pero sin prisa. El maletero lo descubrió en seguida.

“Por aquí”, dijo, y condujo a Niggle a un anden donde se encontraba, listo ya, un tren de cercanías muy coquetón: un solo coche y una pequeña locomotora, muy relucientes los dos, limpios y recién pintados. Parecían a punto para un viaje inaugural. Incluso el carril que se veía ante la locomotora parecía nuevo: brillaban los railes, los cojines estaban pintados de verde, y las traviesas, al cálido sol, dejaban escapar un delicioso olor a brea fresca. El coche estaba vacío.

“¿Adonde va este tren, mozo?”, pregunto Niggle.

“Creo que no han colocado aun el cartel del destino”, dijo el mozo. “Pero lo encontrara satisfactorio”. Y cerro la puerta.

El tren arranco al punto. Niggle se recostó en el asiento. La pequeña locomotora avanzaba entre borbotones de humo por el fondo de un cañón de altas paredes verdes al que un cielo azul servia de dosel. No parecía haber pasado mucho tiempo, cuando la locomotora dio un silbido; entraron en acción los frenos y el tren se detuvo. No había estación ni cartel indicador, solo un tramo de peldaños que subía por el verde talud. Al final de la escalera se abría un postigo en un seto muy cuidado. Junto a el estaba una bicicleta: por lo menos parecía la suya y llevaba un etiqueta amarilla atada al manillar, con la palabra NIGGLE escrita en grandes letras negras.

Abrió la puerta de la barrera, salto a la bicicleta y se lanzo colina abajo, acariciado por el sol primaveral. Pronto comprobó que desaparecía el camino que había venido siguiendo y que la bicicleta robada sobre un césped maravilloso. Era verde y tupido; podía apreciar, sin embargo, cada brizna de hierba. Le parecía recordar que en algún lugar había visto o soñado este prado. Las ondulaciones del terreno le resultaban en cierta forma familiares. Sí, el terreno se nivelaba, coincidiendo con sus recuerdos, y

después, claro esta, comenzaba a ascender de nuevo. Una gran sombra verde se interpuso entre el y el sol. Niggle levanto la vista y se cayo de la bicicleta. Ante él se encontraba en el Árbol, su Árbol, ya terminado, si tal cosa puede afirmarse de un árbol que esta vivo, cuyas hojas nacen y cuyas ramas crecen y se mecen en aquel aire que Niggle tantas veces había imaginado y que tantas veces había intentado en vano captar. Miro el Árbol, lentamente levanto y extendió los brazos.

“Es un don”, dijo. Se refería a su arte, y también a la obra pictórica; pero estaba usando la palabra en su sentido mas literal.

Siguió mirando el Árbol. Todas las hojas sobre las que él había trabajado estaban allí, mas como el las había intuido que como había logrado plasmarlas. Y había otras que solo fueron brotes en su imaginación y muchas mas que hubieran brotado de haber tenido tiempo. No había nada escrito en ellas; eran solo hojas exquisitas; pero todas llevaban un fecha; nítidas como las de un calendario. Se veía que algunas de las mas hermosas y características, las que mejor reflejaban el estilo de Niggle, habían sido realizadas en colaboración con el señor Parish: no hay otra forma de decirlo.

Los pájaros hacia sus nido en el Árbol. Pájaros sorprendentes: ¡que forma de trinar!. Se apareaban, incubaban, echaban plumas y se internaban gorjeando en el Bosque, incluso mientras los contemplaba. Entonces se dio cuenta de que el Bosque también estaba allí, abriéndose a ambos lados y extendiéndose a la distancia. A lo lejos reverberaban los montes.

Después de algún tiempo Niggle se dirigió hacia la espesura. No es que se hubiese cansado ya del Árbol, pero ahora parecía tenerlo todo claro en su mente, y lo comprendía, y era consciente de su crecimiento aunque no estuviese contemplándolo. Mientras caminaba descubrió algo curioso: el Bosque era, por supuesto, un bosque lejano, y sin embargo el podía aproximarse, incluso entrar en el, sin que por ello perdiese su peculiar encanto. Antes no había conseguido nunca entrar en la distancia sin que esta se convirtiese en meros alrededores. Se añadía así un considerable atractivo al hecho de pasear por el campo, porque al andar se desplegaban ante el nuevas distancias; de modo se lograban perspectivas dobles, triples, e incluso cuádruples, y ello con doblado, triplicado o cuadruplicado encanto. Podías seguir andando hasta lograr reunir todo un horizonte en un jardín, o en un cuadro (si uno prefería llamarlo así). Podías seguir andando, pero acaso no indefinidamente. Al fondo estaban las Montañas. Se iban aproximando, muy despacio. No parecían formar parte del cuadro, o en todo caso solo como nexos de unión con algo mas, algo distinto entrevisto tras los arboles, una dimensión mas, otro paisaje.

Niggle paseaba, pero no se limitaba a vagar. Observaba con detalle el entorno. El Árbol estaba completo, aunque no terminado. (“Justo todo lo contrario de lo que antes ocurría”, pensó). Pero en el Bosque había unas cuantas parcelas por concluir, que todavía necesitaban ideas y trabajo. Ya no era necesario hacer modificaciones, todo estaba bien, pero había que proseguir hasta lograr el toque definitivo. Y en cada momento Niggle veía la pincelada precisa.

Se sentó bajo un árbol distante y muy hermoso: una variedad del Gran Árbol, pero con su propia identidad o a punto de alcanzarla, si recibía un poco más de atención.

Y se puso a hacer cábalas sobre dónde empezar el trabajo y dónde terminarlo y cuánto tiempo le llevaría. No pudo concluir todo el esquema.

“¡Claro!”, dijo. “¡Necesito a Parish! Hay muchas cosas de la tierra, las plantas y los árboles que él entiende y yo no. No puedo concebir este lugar como mi coto privado. Necesito ayuda y consejo. ¡Tenía que haberlos pedido antes!”.

Se levantó y caminó hasta el lugar en que había decidido comenzar el trabajo. Se quitó la chaqueta. En aquel momento, medio escondido en una hondonada que le protegía de otras miradas, vio a un hombre que, con cierto asombro, paseaba la vista en derredor. Se apoyaba en una pala, pero estaba claro que no sabía qué hacer. Niggle le saludó: “¡Parish!”, gritó.

Parish se echó la pala al hombro y vino hacia él. Aún cojeaba un poco. Ninguno habló; simplemente se saludaron con un movimiento de cabeza, como solían hacer cuando se cruzaban en el camino; sólo que ahora se pusieron a caminar juntos, tomados del brazo. Sin una sola palabra Niggle y Parish se pusieron de acuerdo sobre el lugar exacto donde levantar la casita y jardín que se les antojaban necesarios.

Mientras trabajaban al unísono, se hizo evidente que Niggle era el más capacitado de los dos a la hora de distribuirse el tiempo y llevar a buen término la tarea. Aunque parezca extraño fue Niggle el que más se absorbió en la construcción y jardinería, mientras que Parish se extasiaba en la contemplación de los árboles y especialmente del Árbol.

Un día Niggle estaba atareado plantando un seto; Parish se encontraba muy cerca, echado sobre la hierba y observando con atención una bella y delicada flor amarilla que crecía entre el verde césped. Niggle había sembrado hacía algún tiempo un buen número entre las raíces de su Árbol. De pronto Parish levantó la vista. Su cara resplandecía bajo el sol mientras sonreía.

“¡Esto es extraordinario!”, dijo. “En realidad yo no debía estar aquí: gracias por hablar en mi favor”.

“¡Bah, tonterías!”, dijo Niggle. “No recuerdo lo que dije, pero, de todas formas no tuvo importancia”.

“¡Oh, sí!”, dijo Parish, “la tiene. Me rescató mucho antes. La Segunda Voz, ya sabes, hizo que me enviaran aquí. Dijo que tu habías pedido verme. Esto te lo debo a ti.”

“No. Se lo debemos a la Segunda Voz”, dijo Niggle. “Los dos”.

Siguieron viviendo y trabajando juntos. No sé por cuánto tiempo. No sirve de nada negar que al comienzo había ocasiones en que no se entendían, sobre todo cuando estaban cansados. Porque en un principio, de cuando en cuando, se cansaban. Comprobaron que a ambos les habían entregado un reconstituyente. Los dos frascos llevaban la misma indicación: “Tomar unas pocas gotas diluidas en el agua Manantial, antes de descansar”.

Encontraron el Manantial en el corazón del Bosque; sólo una vez, hacía muchísimo tiempo, había pensado Niggle en él; pero no llegó nunca a dibujarlo. Ahora comprendió que era el origen del lago que brillaba a lo lejos y la razón de cuanto crecía en los contornos. Aquellas pocas gotas convertían el agua en un astringente, que, aunque bastante amargo, era reconfortante y despejaba la cabeza. Después de beber descansaban a solas; luego se levantaban y las cosas marchaban de maravilla. En tales ocasiones Niggle soñaba con nuevas y espléndidas flores y plantas, y Parish sabía siempre cómo colocarlas y dónde habían de quedar mejor. Bastante antes de que se les terminase el tónico, habían dejado de necesitarlo. También desapareció la correa de Parish.

A medida que el trabajo progresaba se permitían más y más tiempo para pasear por los alrededores, contemplando los árboles y las flores, las luces, las sombras y la condición de los campos. En ocasiones cantaban a una. Pero Niggle se dio cuenta de que comenzaba a volver los ojos, cada vez con mayor frecuencia, hacia las Montañas.

Pronto tuvieron casi todo terminado: la casa de la hondonada, el césped del bosque, el lago y todo el paisaje, cada uno en su propio estilo. El Gran Árbol estaba en plena floración.

“Terminaremos al atardecer”, dijo Parish un día. “Luego nos iremos a dar un paseo que esta vez será realmente largo”.

Partieron al día siguiente y cruzaron la distancia hasta llegar al confín. Este no era visible, por supuesto: no había ninguna línea, valla o muro; pero supieron que habían llegado al extremo de aquella región. Vieron a un hombre con pinta de pastor. Se dirigía a ellos por los declives tapizados de hierba que llevaban hacia las Montañas.

“¿Necesitan un guía?”, pregunto. “¿Van a seguir adelante?”.

Durante unos momentos se extendió una sombra entre Parish y Niggle, porque este sabía ahora que si quería continuar y (en cierto sentido) tenía que hacerlo. Pero Parish no quería seguir ni estaba aun preparado.

“Tengo que esperar a mi mujer”, le dijo a Niggle. “Se sentía sola. Creí oírles que la enviarían después de mi en cualquier momento, cuando estuviese lista y yo lo tuviera todo preparado. La casa ya esta terminada, e hicimos lo que estaba en nuestras manos. Pero me gustaría enseñársela. Espero que ella pueda mejorarla, hacerla mas hogareña. Y confío que también le gustase el sitio.” Se volvió hacia el pastor. “¿Es usted guía?”, pregunto. “¿Puede decirme como se llama este lugar?”.

“¿No lo sabe?”, dijo el hombre. “Es la Comarca de Niggle. Es el paisaje que Niggle pinto, o una buena parte de el. El resto se llama ahora el Jardín de Parish.”

“¡El paisaje de Niggle!”, dijo Parish asombrado. “¿Imaginaste tu todo esto?. Nunca pense que fueras tan listo. ¿Por que no me dijiste nada?”.

“Intento hacerlo hace tiempo”, dijo el hombre, “pero usted no prestaba atención. En aquellos días solo tenia el lienzo y los colores, y usted pretendía arreglar el tejado

con ellos. Esto es lo que usted y su mujer solían llamar “el disparate de Niggle”, o “ese Mamarracho”.

“¡Pero entonces no tenía este aspecto; no parecía real!”, dijo Parish.

“No, entonces era solo un vislumbre”, dijo el hombre; “pero usted podía haberlo captado si hubiera creído que merecía la pena intentarlo”.

“Nunca te di muchas facilidades”, dijo Niggle. “Jamás intente darte una explicación. Solía llamarte Viejo Destripadores. Pero, ¿que importa eso ahora!. Hemos vivido y trabajado juntos últimamente. Las cosas podían haber sido diferentes, pero no mejores. En cualquier caso, me temo que yo he de seguir adelante. Espero que volvamos a vernos: debe haber muchas más cosas que podamos hacer juntos. Adiós.”

Estrecho con calor la mano de Parish: una mano que dejaba traslucir bondad, firmeza y sinceridad. se volvió y miró un momento hacia atrás. Las flores del Gran Árbol brillaban como una llama. Los pájaros cruzaban el aire entre trinos. Sonrió, al tiempo que se despedía de Parish con una inclinación de cabeza, y siguió al pastor.

Iba a aprender a cuidar ovejas y a saber de los pastos altos y a contemplar un cielo más amplio y caminar siempre más y más en permanente ascensión hacia las Montañas: No alcanzo a imaginar que fue de haberlas cruzado. Incluso el infeliz de Niggle podía en su antiguo hogar vislumbrar las lejanas Montañas, y estas encontraron un lugar en su cuadro; pero como sean en realidad, o que pueda haber al otro lado, solo lo saben quienes han ascendido a su cima.

* * *

“Creo que era un pobre estúpido”, dijo el Concejal Tompkins. “Desde luego, un inútil. Sin ningún valor para la sociedad.”

“Bueno, no se”, dijo Atkins que solo era un maestro, alguien sin mayor importancia. “No estoy muy seguro. Depende de lo que entienda por valor.”

“Sin utilidad práctica o económica”, dijo Tompkins. “Me atrevería a decir que se podría haber hecho de él un ser de alguna utilidad si ustedes los maestros supiesen cual es su obligación. Pero no lo saben. Y así nos encontramos con inútiles como este. Si yo mandase en este país, les pondría a él y a los de su clase a trabajar en algo apropiado para ellos, lavando platos en la cocina comunal o algo por el estilo, y me preocuparía de que lo hiciesen bien. O los pondría en la calle. Hace tiempo que debí haberlo echado.”

“¿Echarlo?. ¿Quiere decir que lo habría obligado a salir de viaje antes de cumplirse el tiempo?”.

“Sí, si usted se empeña en usar esa expresión vacía y anticuada. Empujarlo a través del túnel al Gran Vertedero: eso era lo que yo quería decir.”

“Entonces no cree que la pintura valga nada, que no hay porque conservarla, mejorarla, o aun utilizarla.”

“Claro, la pintura es útil”, dijo Tompkins. “Pero no se podía usar la suya. Hay cantidad de oportunidades para los jóvenes agresivos que no teman las ideas ni los métodos nuevos. Ninguna para esta vieja morralla. Solo son ensueños personales. No hubiese sido capaz de diseñar un buen poster ni aunque ni aunque lo matasen. Siempre jugueteando con hojas y flores. En cierta ocasión le pregunte la causa. ¡Me contesto que las encontraba hermosas!. ¿pero creerlo?. ¡Dijo hermosas!. ¿Que?, le pregunte yo, ¿los órganos digestivos y genitales de las plantas?. Y no encontró contestación. Pobre majadero.”

“¡Majadero!”, suspiro Atkins. “Si, pobre hombre, nunca termino nada. Bueno, sus telas han quedado para “mejores usos” desde que el se marchó. Pero yo no estoy muy seguro, Tompkins. ¿Recuerda aquella grande que emplearon para reparar la casa vecina después del ventarrón y las inundaciones?. Encontré tirada en el campo una de las escinas. Estaba estropeada, pero se podía distinguir el dibujo: la cima de un monte y un grupo de hojas. No puedo quitármelo de la mente”.

“¿De donde?”, dijo Tompkins.

“¿De que estáis hablando?”, tercio Perkins, intentando evitar la discusión. Atkins se había puesto completamente colorado.

“No merece la pena repetir la palabra”, dijo Tompkins. “no se por que perdemos el tiempo hablando de esto. El no vivió en la ciudad.”

“No”, dijo Atkins. “Pero usted de todas formas ya le había echado el ojo a su casa. Por esa razón solía visitarlo y burlarse de el mientras se tomaba su te. Bueno, ahora ya ha conseguido la casa, además de la que tiene en la ciudad. Así que ya no necesita envidiarle. Hablábamos de Niggle, si le interesa, Perkins.”

“¡Oh, pobrecillo Niggle”, comento Perkins. “No sabia que pintase”.

Aquella fue seguramente la ultima vez que el nombre de Niggle surgió en una conversación. A pesar de todo, Atkins conservo aquel único retazo de lienzo. La mayor parte de el se echo a perder, aunque una preciosa hoja permaneció intacta. Atkins la hizo enmarcar. Mas tarde la dono al Museo Municipal, y durante algún tiempo el cuadro titulado “Hoja, de Niggle” estuvo colgado en un lugar apartado y solo unos pocos ojos lo contemplaron. Pero luego el Museo radio, y el país se olvido por completo de la hoja y de Niggle.

*

*

*

“Desde luego, esta resultando muy útil”, dijo la Segunda Voz. “Como lugar de vacaciones y de descanso. Es magnifico para los convalecientes; Y no solo por eso: a muchos les resulta la mejor preparación para las Montañas. En algunos casos logra maravillas. Cada vez envió mas gente allí. Rara vez tiene que regresar.”

“Si, es cierto”, dijo la Primera Voz. “Creo que deberíamos dar un nombre a esa comarca. ¿Cual sugiere?”.

“El Maletero se encargo de ello hace ya algún tiempo”, dijo la Segunda Voz. “El tren de Niggle-Parish esta a punto de salir: eso es lo que ha venido gritando durante años. Niggle-Parish. Les envié un mensaje a los dos para comunicárselo.”

“¿Y que opinaron?”.

“Se rieron. Se rieron, y las Montañas resonaron con su risa.”

**Las Aventuras de Tom Bombadil
y otros versos del Libro Rojo**
J.R. Tolkien traducido por Ramón Passolas (Eldarion)

Prefacio

El Libro Rojo contiene un gran número de versos. Unos pocos se incluyen en la narrativa de *La Caída del Señor de los Anillos*, o en las historias y crónicas anexas; muchos otros se encuentran en páginas sueltas, mientras que algunos están escritos descuidadamente en márgenes y espacios en blanco. De estos últimos, muchos son auténticos disparates, rimas sin sentido, a menudo ininteligibles, incluso cuando pueden leerse, o son fragmentos semi-recordados. De estos *marginalia* se han extraído los Nos. 4, 11 y 13; aunque un mejor ejemplo de su carácter general sea el garabato en la página que recoge el poema de Bilbo "Cuando el invierno empieza a morder":

*El viento hacía girar una veleta
No podía mantener la cola quieta
La escarcha mordió al gallo que buscaba
Ni un simple caracol encontraba.
"Es triste mi condición", dijo el gallo,
Y "Todo es en vano", replicó la veleta;
Y dieron comienzo a su lamento.*

La selección que aquí se presenta se ha extraído de las obras más antiguas, que se refieren principalmente a las leyendas y gestas de la Comarca a finales de la Tercera Edad, y que parecen haber sido compuestas por Hobbits, especialmente por Bilbo y sus amigos, o por sus descendientes. La autoría, sin embargo, rara vez se especifica. La narración es obra de varios manos, y fue escrita probablemente a partir de tradiciones orales.

En el Libro Rojo se cuenta que el N° 5 fue escrito por Bilbo y el N° 7 por Sam Gamji. El N° 8 está marcado "SG", una imputación que debe ser aceptada. El N° 12 también lleva la indicación "SG", aunque tal vez Sam solo haya revisado una antigua pieza del bestiario cómico, que los Hobbits parecían adorar. En *El Señor de los Anillos* Sam afirma que el N° 10 era tradicional en la Comarca.

El N° 3 es un ejemplo de otro tipo que parece haber entusiasmado a los Hobbits: una rima o historia que vuelve a su propio principio, de modo que puede ser recitada hasta que los oyentes digan basta. Algunos ejemplares se encuentran en el Libro Rojo, pero los otros son simples y bastos. El N° 3 es el más largo y el más elaborado, y evidentemente fue hecho por Bilbo. Resulta evidente por su relación con el largo poema recitado por Bilbo, como su propia composición, en la Casa de Elrond. Originalmente una "rima sin sentido", en la versión de Rivendel se adapta, quizás de forma incongruente, a las leyendas Alto-élficas y Númenóreanas de Eärendil. Tal vez porque Bilbo había inventado la métrica, y estaba orgulloso de ella. No aparece en otras obras del Libro Rojo. La forma antigua, que aquí se presenta, pertenece sin duda a días anteriores, poco después de que Bilbo retornara de su viaje. Aunque la influencia de la tradición élfica puede verse claramente, no se trata de forma seria, y los nombres usados (*Derrilyn, Thelamie, Belmarie, Aerie*) son meras invenciones al estilo élfico, pero no son élficos en absoluto.

La influencia de los acontecimientos de finales de la Tercera Edad, y la ampliación de los horizontes de la Comarca gracias al contacto con Rivendel y Gondor, puede verse en otras piezas. El N° 6, aunque aquí se sitúa al lado de la rima de Bilbo *El Hombre de la Luna*, y el último poema, N° 16, tiene su origen en Gondor, sin duda. Están evidentemente basadas en las tradiciones de los Hombres, que vivían en tierras costeras y en las orillas de los ríos que desembocaban en el Mar. El N° 6 menciona de hecho a *Belfalas* y a la Torre de Guardia de Dol Amroth, *Tirith Aear*. El N° 16 menciona los siete ríos del Reino del Sur que fluían hacia el Mar, y usa el nombre Gondoriano, de forma alto-élfica, *Fíriel*, mujer mortal. En Langstrand y Dol Amroth existían muchas tradiciones de los antiguos asentamientos élficos, y de los Puertos en la boca del Morthond donde los "Buques del Oeste" zarpaban, desde la Caída de Eregion en la Segunda Edad. Estos dos poemas, por lo tanto, son sólo recreaciones de material del sur, aunque pudo haber llegado a Bilbo desde Rivendel. El N° 14 también surge del conocimiento élfico y númenóreano, y se refiere a los heroicos días de finales de la Primera Edad; parece contener un eco del cuento númenóreano de Túrin y Mím el Enano.

Los Nos. 1 y 2, evidentemente provienen de Los Gamos. Muestran más conocimiento de esa tierra, y del Valle del Tornasauce, de la que podría esperarse de cualquier Hobbit al oeste de Marjala. También muestra que los gamunos conocían a Bombadil, aunque, sin dudarlo, comprendían tan poco de sus poderes, como las gentes del resto de la Comarca comprendían los de Gandalf: ambos eran considerados personas benévolas, misteriosos quizá, pero de ningún modo cómicos. El N° 1 es el más antiguo y está compuesto de versiones hobbit de varias leyendas concernientes a Bombadil. El N° 2 usa tradiciones similares, aunque la socarronería de Bombadil se convierte aquí en bromas acerca de sus amigos, que disfrutaban con ellas (y quizá también las temen); pero

probablemente fue compuesto mucho más tarde y después de la visita de Frodo y sus compañeros a la Casa de Bombadil.

Los versos, de origen hobbit, que aquí se presentan tienen dos características en común. Están llenos de palabras extrañas, y de trucos de rima y métrica (en su simplicidad, los Hobbits evidentemente consideraban estas cosas extraordinarias, aunque en realidad eran, sin duda, meras imitaciones de prácticas élficas). También son, por lo menos superficialmente, ligeras y frívolas, aunque a menudo puede sospecharse que hay más de lo que se oye. El N° 15, ciertamente de origen hobbit, es una excepción. Es la penúltima pieza y pertenece a la Cuarta Edad; pero se incluye aquí porque una mano escribió al comienzo: *El Sueño de Frodo*. Esto es muy notable y, aunque es altamente improbable que el mismo Frodo lo haya escrito, el título muestra que está asociado con los sueños oscuros y desesperados que le asaltaron en los meses de marzo y octubre durante sus últimos tres años en la Comarca. Pero hubo ciertamente otras tradiciones relativas a los Hobbits que sucumbieron a la "Locura viajera" y que, si alguna vez volvieron, fueron en adelante extraños y poco comunicativos. El concepto del Mar siempre estaba presente en el fondo de la imaginación hobbit; pero el temor que despertaba y la desconfianza acerca de la tradición élfica eran las actitudes predominantes en la Comarca a finales de la Tercera Edad, y no desaparecieron del todo con los acontecimientos y cambios con los que esa Edad terminó.

I

Las Aventuras de Tom Bombadil

El viejo Tom Bombadil era un alegre sujeto;
De chaqueta azul brillante y botas amarillas;
Llevaba en su alto sombrero una pluma de ala de cisne.
Vivía bajo la colina, donde el Tornasauce
Corría desde su fuente herbosa hasta la cañada.
El viejo Tom en verano caminaba por los prados
Recogiendo ranúnculos, persiguiendo a las sombras,
Cosquilleando a las abejas que zumbaban entre las flores,
Sentándose junto al agua durante horas y horas.
Allí su barba se balanceaba hasta tocar el agua:
Llegó Baya de Oro, hija de la Dama del Río;
Tiró del cabello colgante de Tom. Y él cayó revolcándose
Bajo los lirios de agua, resoplando y tragando agua.
"¡Eh, Tom Bombadil! ¿A donde vas?"
Dijo la hermosa Baya de Oro. ¡Estás soplando burbujas,
Asustando a los peces aletados y a las pardas ratas de agua,
Espantando a los somormujos, anegando tu sombrero emplumado!
"¡Tráelo aquí de nuevo, hermosa doncella!"
Dijo Tom Bombadil. No me importa vadear.
¡Ve abajo! ¡Duerme de nuevo, donde los charcos son oscuros,
Lejos bajo las raíces de los sauces, pequeña dama de agua!
De vuelta a casa de su madre en la profunda caverna

Nadó la joven Baya de Oro. Pero Tom no la siguió;
Se sentó en nudosas raíces de sauce, bajo el sol,
Secando sus botas amarillas y su ensuciada pluma.
Se despertó entonces el Hombre Sauce, empezó su canto,
Cantó y Tom se durmió pronto bajo las oscilantes ramas;
En una hendidura lo atrapó con fuerza; ¡clack! Se cerró,
Y atrapó a Tom Bombadil, chaqueta, sombrero y pluma.
"¡Ja, Tom Bombadil! ¿En qué estabas pensando,
Husmeando en mi árbol, observando como bebo
en mi profunda casa de madera, cosquilleándome con tu pluma,
Salpicando mi cara como la lluvia?"
"¡Déjame salir, Viejo Hombre Sauce!
Estoy bien tieso aquí, no son buena almohada
Tus raíces duras y torcidas. ¡Bebe el agua del río!
¡Vuelve a dormir de nuevo, como la Hija del Río!"
El Hombre Sauce lo dejó libre cuando oyó sus palabras;
Cerró enseguida su casa de madera, refunfuñando y crujiendo,
Susurrando dentro de su árbol. Fuera de la cañada del sauce
Fue Tom caminando junto al Tornasauce.
Bajo los aleros del bosque se sentó mientras escuchaba:
En las ramas, los pájaros sibilantes gorjeaban y silbaban.
Las mariposas se estremecían y temblaban sobre su cabeza,
Hasta que llegaron nubes grises, y el Sol se hundió.
Tom se apresuró entonces. La lluvia empezó a caer,
Anillos circulares se esparcían en el fluyente río;
Sopló un viento, las agitadas hojas dejaron caer frías gotas;
El Viejo Tom se deslizó en un acogedor agujero.
Salió el Tejón, con su nevada frente
Y sus oscuros ojos parpadeantes. En la colina excavaba
Con su mujer y sus muchos hijos. Por la chaqueta le agarraron,
Bajo tierra le arrastraron, le llevaron a sus túneles.
Dentro de su casa secreta, se sentaron murmurando:
"¡Eh, Tom Bombadil!, ¿de donde has salido revolcándote,
Quebrando la puerta? Los Tejones te han atrapado.
¡Nunca encontrarás el camino por el que has entrado!"
"Ahora, viejo Tejón, ¿oyes lo que digo?
¡Enséñame la salida ahora mismo! Debo salir a caminar.
Llévame a tu puerta trasera, bajo las eglantinas;
¡Luego limpia tus sucias zarpas, enjuaga tus narices llenas de tierra!
Vuelve a dormir de nuevo en tu lecho de paja,
¡Cómo la Bella Baya de Oro y el Viejo Hombre Sauce!"
Entonces los tejones dijeron: "¡Discúlpanos!"
Mostraron a Tom la salida de su espinoso jardín,
Volvieron y se ocultaron, agitándose y temblando,
Bloquearon sus puertas, cubriéndolas con tierra.
La lluvia pasó. El cielo se aclaró, y en la noche de verano
el Viejo Tom Bombadil reía mientras volvía a casa,
Desatrancó su puerta de nuevo, y abrió una contraventana.
En la cocina las polillas empezaron a revolotear;
A través de la ventana Tom vio a las nacientes estrellas titilar,

Y a la delgada luna nueva descender hacia el oeste.
La oscuridad cayó sobre la colina. Tom encendió una vela;
Se oyeron crujidos en la escalera, giró el tirador de la puerta.
"¡Huu, Tom Bombadil! ¡Mira lo que te trae la noche!
Estoy aquí, tras la puerta. ¡Por fin te he atrapado!
Olvidaste al Tumulario del viejo montículo
Allá en la cima de la colina, en el círculo de piedras.
Es libre de nuevo. Bajo tierra te llevará.
¡Pobre Tom Bombadil, pálido y frío te tornará!"
"¡Fuera! ¡Cierra la puerta y no vuelvas nunca!
¡Llévate tus centelleantes ojos, tu risa hueca!
Vuelve al montículo herboso, en tu lecho de piedra
tiende tu cabeza huesuda, como el Viejo Hombre Sauce,
Como la joven Baya de Oro, y los Tejones en su madriguera.
¡Vuelve al oro enterrado y a la tristeza olvidada!"
Huyó el Tumulario saltando por la ventana,
A través del patio, sobre la tapia como una sombra barrida,
Lamentándose volvió a la colina, al inclinado círculo de piedras,
Bajo el montículo solitario, agitando sus anillos de hueso.
El Viejo Tom Bombadil yació sobre su almohada
Más dulce que Baya de Oro, más tranquilo que el Sauce,
Más abrigado que los Tejones o que los Tumularios;
Durmió como un tronco, roncó como un fuelle.
Se despertó con la luz de la mañana, silbó como un estornino,
Cantó, "¡Ven, derry-dol, alegre-dol, querida!"
Palmeó su abollado sombrero, botas, chaqueta y pluma;
Abrió la ventana al clima soleado.
El sabio Viejo Bombadil era un sujeto cauteloso;
De chaqueta azul brillante y botas amarillas.
Nadie atrapó nunca al Viejo Tom en las colinas o en la cañada,
Andando por los senderos del bosque, o junto al Tornasauce,
O en los estanques de lirios, en un bote sobre el agua.
Pero un día Tom fue y capturó a la Hija del Río,
Con su vestido verde, su suelto cabello, sentada en el juncal,
Cantando antiguas canciones de agua a los pájaros en los arbustos.
¡La atrapó, la agarró velozmente! Las ratas de agua se escabulleron,
Las plantas silbaron, las garzas gritaron, y el corazón de ella se agitaba.
Dijo Tom Bombadil: "¡Aquí está mi hermosa doncella!
¡Deberías venir a casa conmigo! La mesa está puesta:
Crema amarilla, panal de miel, mantequilla y pan blanco;
Rosas en la ventana y pájaros piando en los postigos.
¡Deberías venir bajo la colina! ¡No temas por tu madre
En su profundo y herboso estanque: ¡no hallarás un amante allí!
El viejo Tom Bombadil tuvo una alegre boda,
Coronado de ranúnculos, sin pluma ni sombrero;
Su esposa con nomeolvides y lirios como guirnalda
Estaba vestida de verde y plata. Él cantaba como un estornino,
Zumbaba como una abeja, tocaba el violín,
Abrazaba a su Doncella del Río por su delgada cintura.
Las lámparas brillaban en su casa, y la cama era blanca;

En la brillante luna de miel, los Tejones llegaron con paso suave,
Bailaron bajo la Colina, y el Viejo Hombre Sauce
golpeó, golpeó el cristal de la ventana, mientras dormían en la cama,
En la orilla junto a las cañas la Dama del Río suspiraba,
Oyendo al viejo Tumulario gritar en su montículo.
El Viejo Tom Bombadil no prestó atención a las voces,
Golpes, crujidos, pies danzantes, ruidos nocturnos;
Durmió hasta que el Sol salió, y entonces como un estornino cantó:
"¡Hey! ¡Ven derry-dol, alegre-dol, querida!"
Sentado junto a la puerta, cortando ramas de sauce,
Mientras la Hermosa Baya de Oro peinaba sus rubias trenzas.

II

Bombadil pasea en barca

El viejo año tornábase pardo; soplabla el Viento del Oeste;
Tom recogió una hoja de haya caída en el bosque.
"¡He aquí un hermoso día, traído por la brisa!
¿Por qué esperar al próximo año? Lo tomaré cuando me plazca.
¡En este día compondré mi barca y viajaré a la ventura
Al oeste, por el delgado arroyo, siguiendo mi capricho!"
Un pajarillo se sentaba en una ramita. "¡Hola, Tom! Te he oído.
Creo que sé, creo que sé, a donde te llevará tu capricho.
¿Debería ir, debería ir, y decirle a él donde encontrarte?"
¡Nada de nombres, cuentacuentos, o te desollaré y comeré,
Parloteando en todos los oídos asuntos que no te conciernen!
Si cuentas al Hombre-sauce a donde he ido, te quemaré,
Te asaré en un asador de sauce. ¡Así acabará tu asechanza!.
El reyezuelo del sauce irguió la cola, cantó mientras se alejaba:
"¡Cógeme primero, cógeme primero! No hacen falta nombres.
Me posaré en su más cercano oído: escuchará el mensaje.
"Abajo con él", diré, "mientras el sol se hunde"
¡Deprisa, deprisa! Es hora de beber".
Tom rió para sí: "Entonces tal vez yo vaya allá.
Podría ir por otros lugares, pero hoy bogaré hacia allá".
Preparó los remos, reparó su bote; lo sacó de una cala escondida
A través de las cañas y los pálidos helechos, bajo inclinados alisos,
Luego bajó por el río, cantando: "¡Tonto helecho,
Fluye, arroyo Tornasauce, por vados y corrientes!
¡Eh! ¡Tom Bombadil! ¿A donde vas,
Montado en una cáscara de nuez, remando río abajo?"
"Quizás al Brandivino a lo largo del Tornasauce;
Tal vez amigos míos encenderán fuego para mí
Allá en Fin de la Cerca. Conozco allí a un pequeño pueblo,
Amable al final del día. Así que voy para allí".
"¡Háblame de mis parientes, tráeme sus noticias!
¡Háblame de estanques profundos y escondites de peces!"
"¡Nada de eso!", dijo Bombadil, "Sólo estoy remando
Para ver como huele el agua, no voy errando".

"¡Ahá! ¡Tom gallito! ¡Ocúpate de que tu cubo no zozobre!
¡Busca troncos de sauce! ¡Reiría viéndote tropezar!"
"¡Habla menos, pescador azulado! ¡Mantén tus amables deseos!
¡Vuela lejos y arregla tus plumas con huesos de peces!
Alegre Señor en tu rama, en casa un sucio sirviente
Que vive en desaseado hogar, aunque tu seno sea escarlata.
He oído picos de pájaros pescadores balanceándose en el aire
Para mostrar como sopla el viento: ¡es el fin de la pesca!"
El Martín Pescador cerró el pico, guiñó el ojo, como cantando.
Tom pasó bajo la rama. ¡Flash! Se fue aleteando;
Dejó caer una joya azul, una pluma, y Tom la atrapó.
Centelleando en un rayo de sol: pensó que era un buen regalo.
La prendió en su alto sombrero, la vieja pluma arrojada;
"Ahora azul para Tom", pensó, "¡Un matiz duradero y feliz!"
Ondas se arremolinaban alrededor de su bote, vio temblar las burbujas.
Tom golpeó con su remo, ¡Smack! a una sombra en el río.
"¡Hush! ¡Tom Bombadil! Hace tiempo que no te veía.
Te tornaste barquero, ¿eh? ¿Qué tal si te enfurezco?"
"¿Qué? Mira, señor Patillas, te llevaría río abajo,
Mis dedos en tu espalda harían temblar tu pellejo".
"¡Vaya, Tom Bombadil! Iré y le diré a mi madre:
‘¡Llama a toda nuestra parentela, padre, hermana, hermano!
Tom se ha vuelto loco, como una negreta con patas de madera;
Palea por el Tornasauce, una vieja cuba que nada entre dos aguas’"
"¡Te mandaré a los Tumularios! ¡Te curtirán!
¡Y con anillos dorados te ahogarán! Si tu madre te viera
A su hijo no conociera, a menos que viese tus patillas.
¡No, no fastidies al viejo Tom, hasta que seas más avisgado!"
¡Whoosh! dijo la nutria, rociando agua del río
Sobre el sombrero de Tom; e hizo balancear la barca,
Se sumergió bajo ella, y apareció en la orilla,
Hasta que la alegre canción de Tom dejó de oírse.
El Viejo Cisne de la Isla Élfica pasó cerca de él, orgullosamente,
Miró a Tom duramente, le bufó estruendosamente.
Tom rió: "Tú, viejo cisne, ¿echas en falta tu pluma?
¡Dame una nueva! La vieja se la llevó el tiempo.
Si me hablastes con dulzura, te apreciaría mucho:
¡Largo cuello y garganta muda, y aún así un soberbio bromista!
Si un día el Rey retorna, tu orgullo reventará,
¡Marcará tu pico amarillo, y menguará tu señorío!"
El Viejo Cisne extendió sus alas, siseó, y nadó más rápido;
Moviéndose en su estela, Tom remó tras él.
Tom llegó a la Presa de Mimbre. Precipitándose río abajo,
Espumando en Tornalcance, burbujeando y salpicando;
Lanzó a Tom sobre las piedras como caído del cielo,
Disparado como el corcho de una botella, hacia la villa de Grindwall.
"¡Eh! ¡Aquí está el Hombre de Madera Tom, con su barba puesta!"
Rió la pequeña gente de Fin de la Cerca y Breredon.
"¡Cuidado, Tom! ¡Te dispararemos con nuestros arcos y flechas!
Cruza el Brandivino con barquichuela o transbordador."

"¡Uf, pequeños regordetes! ¡No os las prometáis tan felices!
He visto Hobbits cavando agujeros para ocultarse,
Espantados si un chivo o un tejón los veía,
Asustados de los rayos de luna, esquivando sus propias sombras.
Llamaré a los Orcos: ¡eso os hará correr!"

"Puedes llamarlos, Hombre de Madera Tom. O puedes hablar con tu barba.
¡Tres flechas en tu sombrero! ¡No te tenemos miedo!
¿A donde vas ahora? Si buscas cerveza,
¡Los barriles de Breredon no son lo bastante profundos para remojarte!"

"Por el Brandivino iría, a los lindes de la Comarca,
Pero muy veloz para mi barquichuela el río fluye ahora.
Bendeciría a la pequeña gente que me acogiera en sus barcas,
Les desearía dulces tardes y muchas mañanas felices."
Rojo fluía el Brandivino, en llamas el río estaba encendido,
Mientras el Sol se hundía más allá de la Comarca y en gris menguaba.
Marjala estaba vacía. Nadie había allí para saludarle.
Silenciosa estaba la orilla. Dijo Tom: "¡Un alegre encuentro!"
Tom recorrió el camino, y la luz disminuía.
Brillantes lámparas centelleaban delante. Oyó una voz que llamaba.
"¡Eh ahí!" Los ponies se detuvieron, las ruedas dejaron de girar.
Tom siguió afanándose, no miró atrás.
"¡Oh ahí! ¡Mendigo que marchas en Marjala!
¿Qué asuntos te traen aquí, con tu sombrero prendido de flechas?
¿Alguien te dio aviso, te sorprendió en tu disimulo?
¡Ven aquí! ¡Dime ya lo que estas buscando!
Cerveza de la Comarca, lo juraría, aunque no tienes un penique.
¡La guardaré bajo llave tras las puertas, y no tendrás ninguna!"

"¡Bueno, bueno, pies barrozos! ¡De quien ha llegado tarde a la reunión,
Allá en los márgenes, es un áspero saludo!
Tú, viejo granjero, tan gordo que no puedes caminar sin jadear,
Que arrastras tu carga como un talego, deberías ser más amable.
¡Ahorrador sagaz, cuba con piernas! Un mendigo no puede escoger,
Te mandaré ir, y tú saldrías perdiendo.
¡Vamos, Maggot, ayúdame! Un pichel me debes.
¡Incluso en la luz del crepúsculo, un viejo amigo debería conocerme!"

Partieron de allí riendo, no hicieron alto en Juncalera,
Aunque la posada estaba abierta y podían oler la malta.
Tomaron el camino de Maggot, traqueteando y chocando,
Tom en la carreta del granjero bailando y saltando.
Las estrellas brillaron en la Granja de Maggot, y la casa estaba iluminada;
Ardía el fuego en la cocina para recibir a los viajeros nocturnos.
Los hijos de Maggot saludaron en la puerta, sus hijas hicieron reverencias,
Su esposa trajo picheles para aquellos que debían estar sedientos.
Canciones hubo y alegres cuentos, cenaron y bailaron;
El buen Maggot hacía cabriolas con su cinturón,
Tom tocaba la gaita, cuando no bebía a grandes tragos,
Las hijas bailaron el Salto del Anillo, la buena esposa reía.
Cuando los demás fueron a la cama de heno, helechos o plumas,
Cerca del hogar juntaron sus cabezas,
El Viejo Tom y Pies Barrozos, Hablando de las estaciones

De las Quebradas a las Colinas de la Torre: de caminatas y cabalgatas;
De trigo y maíz, de siembra y cosecha;
Extraños cuentos de Bree; y hablaron de la herrería, el molino, y de regateos;
De rumores en árboles susurrantes, del viento del sur en los pinos,
De vigías en el Vado, de sombras en las fronteras.
El Viejo Maggot se durmió por fin en una silla junto a los rescoldos.
Al alba Tom se había ido: como los sueños que uno recuerda a medias,
Unos alegres, otros tristes, y otros de alerta oculta.
Nadie oyó abrir la puerta; un chaparrón de lluvia en la mañana
Borró sus pisadas, no dejó rastro en Marjala,
En Fin de la Cerca no se oyeron canciones ni sonido de pesados pasos.
Tres días yació su barca junto a la cerca de Grindwall,
Y una mañana se fue de vuelta al Tornasauce.
Las nutrias, decían los Hobbits, vinieron de noche y la desataron,
La arrastraron más allá de la presa y río arriba la empujaron.
De la Isla Élfica un viejo cisne vino navegando,
Con una vela junto al pico y en el agua estelas dejando,
Avanzando orgullosamente; nutrias nadaban a su alrededor
Guiándolo por las torcidas raíces del Viejo Hombre Sauce;
El Rey Pescador colgaba en su rama, el abadejo cantaba junto a los remos,
Felizmente llevaban el bote de vuelta a casa.
Llegaron finalmente al arroyo de Tom. Una nutria dijo: "¡Silbad ahora!
¿Qué es de una negreta sin sus patas, o de un pez sin sus aletas?"
¡Oh, pálido y tonto arroyo del sauce! ¡Los remos dejaron atrás!
Largo tiempo esperaron en Grindwall a que Tom viniera a encontrarlos.

III

Vida Errante

Había una vez un alegre viajero,
Un mensajero, un marinero:
Construyó una dorada góndola
Para aventurarse y la cargó
De amarillas naranjas
Y de gachas para su sustento;
La perfumó con mejorana
Y cardamomo y lavanda.
Llamó a los vientos de Argos
Para que le transportaran con carga y todo
A través de los diecisiete ríos
Que se interponían en su camino para retrasarle.
Desembarcó solitario
Donde los guijarros de piedra,
En el corriente río Derrilyn,
Fluyen felizmente para siempre.
Viajó entonces a través de tierras de prados
Hasta la Tierra de las Sombras, que yace tristemente,
Y bajo la colina y sobre la colina
Fue bogando por la tediosa ruta.
Se sentó y cantó una melodía,

Demorando su vida errante;
Pidió a una bella mariposa
Que aleteaba cerca que se casara con él.
Ella le despreció y se burló de él,
Se rió de él sin piedad;
Tanto tiempo había él estudiado magia
Y hechicería y herrería.
Trenzó un tejido delgado como el aire
Para cazarla; para seguirla
Se hizo alas de piel de escarabajo
Y alas emplumadas de golondrina.
La atrapó en su aturdimiento
Con hilos de telas de araña;
Construyó para ella dulces pabellones
De lilas, y una cama nupcial
De flores y abrojos
Para acurrucarse en ella y descansar;
Y de telas de seda de membranoso blanco
Y luz de plata la vistió.
Ensartó gemas en collares,
Pero imprudentemente ella los derrochó
Y dio en amargas disputas;
Entonces pesarosamente él se alejó,
Y allí la dejó, marchitándose,
Mientras él se iba tiritando;
Con tiempo ventoso tras él
Huyó con alas de golondrina.
Dejó atrás los archipiélagos
Donde crecen amarillas las margaritas,
Donde existen incontables fuentes de plata,
Y las montañas son del oro de las Hadas.
Contempló la guerra y el pillaje
Asolando más allá del mar,
Y vagó por Belmarie
Y Thellamie y Fantasie.
Se hizo casco y escudo
De coral y de marfil,
De esmeralda hizo una espada,
Y terrible fue su rivalidad
Con caballeros élficos de Aerie
Y Faerie, con paladines
Que, con cabellos dorados y ojos brillantes,
Vinieron cabalgando y le desafiaron.
De cristal era su cota de malla,
Su vaina, de calcedonia;
Guarnecida de plata en plenilunio,
Su lanza estaba trabajada en ébano.
Sus jabalinas eran de malaquita
Y estalactita-las blandió,
Se enfrentó a las libélulas

De Paradise, y las venció.
Combatió a los Dumbledors,
A los Hummerhorns y a las Honeybees,
Y conquistó el Peine Dorado;
Y volviendo a casa, por mares soleados
En un buque de hojas y gasas
Con una flor por dosel,
Se sentó y cantó, y acicaló
Y pulió su panoplia.
Se demoró por un tiempo
En pequeñas islas que yacían solitarias,
Y encontró allí poca hierba, aunque alta;
Así que al final fue el único camino
Que tomó, y volvió, y regresó a casa
Con el Peine Dorado, su mensaje
Llegó a ser recordado, ¡y también su recado!
En su alegría y su embeleso
Los había olvidado, errando
Y viajando, como un vagabundo.
De modo que ahora debe partir de nuevo
Y de nuevo empezar su góndola,
Para siempre un mensajero,
Un viajero demorado,
Errante como una pluma,
Un marinero guiado por el viento.

IV

la Princesa Mee

La pequeña Princesa Mee
Era adorable
Como se cuenta en la canción élfica:
Tenía perlas en el pelo
Bellamente enhebradas;
De hilo de araña y oro
Estaba hecho su pañuelo,
Y un cordoncillo de estrellas
De plata en su cuello.
De luz de alevilla
Y blanco de luna
Estaba tejida su chaqueta,
Y en su manto
Ceñía un cinturón
Cosido con rocío diamantino.
Caminaba de día
Bajo un manto gris
Y una capucha de azul nuboso;
Pero iba de noche envuelta
En un brillo resplandeciente

Bajo el cielo estrellado,
Y sus frágiles zapatillas
De malla de pescado
Relampagueaban cuando pasaba
Hacia el estanque donde danzaba,
Y en un tranquilo espejo
De aguas quietas jugaba.
Como niebla luminosa
En un vuelo arremolinado
Un destello como cristal surgía
Donde sus pies
De alas de plata
Golpeaban el suelo.
Miró a lo alto
Al cielo sin techo,
Y miró a la orilla sombría;
Entonces se dio la vuelta
E inclinó los ojos
Y vio debajo de ella
Una princesa Shee
Tan bella como Mee:
¡Bailaban pie con pie!
Shee era tan clara
Como Mee, y tan brillante;
Pero Shee estaba, extrañamente,
Colgada boca abajo,
¡Coronada de estrellas
En un pozo sin fondo!
Sus ojos centelleantes
Con gran sorpresa
Miraban a los ojos de Mee:
¡Una cosa maravillosa
El danzar cabeza abajo
Sobre un mar estrellado!
Sólo sus pies
Podrían encontrarse;
Porque donde están los caminos
Para hallar una tierra
Donde ellas no estén de pie
Sino colgadas del cielo
Nadie podría decirlo
O aprenderlo de hechizo alguno
En todo el saber élfico.
De modo que ella sola
Una elfa solitaria
Bailando como antes
Con perlas en el cabello
Y un hermoso manto
Y frágiles zapatillas
Y malla de peces iba Mee:

Con malla de peces
Y frágiles zapatillas
Y un hermoso manto,
¡Y con perlas en el cabello iba Shee!

V

El Hombre de la luna se quedó hasta muy tarde

Hay una posada, una vieja y alegre posada
Al pie de una vieja colina gris,
Y allí preparan una cerveza tan oscura
Que el Hombre de la Luna bajó
A beberla una noche.
El palafrenero tiene un gato borracho
Que toca un violín de cinco cuerdas;
Y mueve el arco arriba y abajo,
Arriba chirriando, abajo ronroneando
Y serruchando en el medio.
El posadero tiene un perrito
Que es muy aficionado a las bromas;
Y cuando hay alegría entre los huéspedes,
Levanta una oreja a todos los chistes
Y se muere de risa.
Ellos tienen también una vaca cornuda
Orgullosa como una reina;
Pero la música la trastorna como la cerveza,
Y mueve la cola empenachada
Y baila en la hierba.
¡Y oh, las pilas de fuentes de plata
Y el cajón de cucharas de plata!
Hay un par especial de domingo,
Y a estas las pulen con mucho cuidado
Las tardes de los sábados.
El Hombre de la Luna bebía largamente
Y el gato se puso a llorar;
La fuente y la cuchara bailaban en la mesa,
La vaca brincaba locamente en el jardín,
Y el perrito se mordía la cola.
El Hombre de la Luna tomó otra copa
Y luego rodó bajo la silla,
Y allí durmió y soñó con cerveza;
Hasta que palidieron las estrellas,
Y el alba estuvo en el aire.
El Palafrenero le dijo al gato ebrio:
"Los caballos blancos de la luna
Relinchan y tascan los frenos de plata;
Pero el amo ha perdido la cabeza,
¡Y el Sol saldrá pronto!"
Así que el gato tocó en el violín una jiga-jiga

Que hubiera despertado a los muertos,
Chillando, serruchando y apresurando la tonada,
Mientras el posadero sacudía al Hombre de la Luna:
"¡Son las tres pasadas!", dijo.
Llevaron al Hombre rodando colina arriba
Y lo arrojaron de vuelta a la Luna,
Mientras sus caballos galopaban de espaldas
Y la vaca cabriolaba como un ciervo
Y la fuente se iba con la cuchara.
Más rápido el violín tocaba la jiga-jiga;
El perro comenzó a rugir,
La vaca y los caballos estaban patas arriba;
Los huéspedes saltaron de la cama
Y bailaron en el piso.
¡Con un pum y un pim estallaron las cuerdas del violín!
La vaca saltó por encima de la luna,
Y el perrito rió al ver tanta alegría,
Y la fuente del sábado se escapó corriendo
Con la cuchara del domingo.
La Luna redonda rodó tras la colina,
Mientras el Sol levantaba la cabeza.
No podía creer a sus ojos de fuego;
¡Porque, aunque era de día, para su sorpresa
Todos habían vuelto a la cama!

Vi

El hombre de la luna bajó demasiado pronto

El Hombre de la Luna tenía zapatos plateados,
Y barba de hebras plateadas;
Coronado de ópalos y con perlas
Sujetas a su cinturón,
Envuelto en su manto gris caminó un día
A través de un suelo resplandeciente,
Y secretamente, con una llave de cristal,
Abrió una puerta de marfil.
Por una afiligranada escala de telaraña centelleante
Bajó deprisa,
Y finalmente fue feliz de verse libre,
Lanzado a una loca aventura.
Había perdido el gusto por los blancos diamantes;
Estaba cansado de su minarete
De alta piedra que se elevaba solitario

En el montañoso paisaje lunar.
Hubiera enfrentado cualquier peligro por el rubí y el berilo
Para adornar su pálido atuendo,
Por nuevas diademas de gemas lustrosas,
Esmeraldas y zafiros.
Estaba solo además, sin nada que hacer,
Sino mirar abajo el mundo dorado
O tratar de oír la melodía distante
Que pasaba junto a él como un alegre remolino.
En el plenilunio de su luna de plata,
Su corazón había anhelado el fuego:
No las límpidas luces de los pálidos selenitas;
Porque rojo era su deseo,
Por purpúreos resplandores de rosa y carmesí,
Por una llama de ardiente lengua,
Por cielos escarlata en un rápido amanecer
Cuando un tempestuoso día aún es joven.
Vio mares azulados, y los matices vivientes
De verdes bosques y marjales;
Y añoraba la alegría de la Tierra populosa
Y la sanguínea corriente de los hombres;
Codiciaba el canto, y la risa duradera,
Y las viandas calientes, y el vino,
Pues comía pasteles perlados de ligeros copos de nieve
Y bebía luz de luna.
Le cosquillearon los pies, al pensar en la carne,
En el ponche y en el guiso con pimienta;
Y resbaló sin darse cuenta en su escalera inclinada,
Y como un meteoro,
Una estrella fugaz, en Yule una noche
Cayó titilando
Desde su escalera, para darse un espumoso baño
En la bahía ventosa de Bel.
Empezó a pensar, temiendo derretirse y hundirse,
Qué hacer en la luna,
Cuando el bote de un pescador lo encontró flotando a lo lejos
Para asombro de la tripulación;
Lo atraparon en su red, todo mojado y brillante
Con un resplandor fosforescente
De blancos azulados y luces de ópalo
Y un delicado líquido verde.
Contra su deseo, con el pescado de la mañana
Lo mandaron a tierra:
"Es mejor que alquiles cama en una Hostería", dijeron;
"La ciudad está muy cerca".
Sólo el tañido de una lenta campana
En la alta Torre del Mar
Anunció las nuevas de su lunático crucero
A hora tan inapropiada.
No se encendieron fuegos, no hubo desayunos,

Y la mañana fue fría y húmeda.
Había cenizas en lugar de fuego, y fango en lugar de hierba,
Y una lámpara en lugar del Sol
En una oscura callejuela. No encontró a nadie,
Ninguna voz se alzaba en canción;
En cambio había ronquidos, ya que todos estaban en la cama
Y aún habían de dormir largo tiempo.
Golpeó las puertas cerradas mientras pasaba,
Y gritó y llamó en vano,
Hasta que llegó a una posada con luz en su interior,
Y golpeó el cristal de la ventana.
Un soñoliento cocinero echó una áspera mirada,
Y dijo "¿Qué es lo que quieres?".
"Quiero fuego, y oro, y canciones antiguas,
Y el rojo vino fluyendo libremente".
"No los conseguirás aquí", dijo el cocinero mirando de reojo,
"Pero puedes entrar.
Carezco de plata y de seda con que cubrir mi espalda,
Pero tal vez te pueda alojar".
Un regalo de plata para levantar el cerrojo,
Una perla para cruzar la puerta;
Un asiento junto al cocinero cerca del fuego,
Le costó veinte más.
Por hambre o sed nada se llevó a la boca
Hasta que hubo dado todo cuanto llevaba;
Y todo lo que obtuvo, en una olla de barro
Rota y sucia de humo,
Fueron gachas frías, de dos días
Que comió con una cuchara de madera.
Para el budín de Yule con ciruelas, pobre infeliz,
Había llegado demasiado pronto:
Un huésped incauto en una búsqueda lunática
Desde las Montañas de la Luna.

VII

El troll de piedra

El Troll estaba sentado en su asiento de piedra,
Mordiéndolo y masticando un viejo hueso desnudo;
Había estado royéndolo durante muchos años,
Pues la carne era difícil de encontrar.
Vivía solo en una caverna de las colinas,
Y la carne era difícil de encontrar.
Llegó Tom calzado con grandes botas.
Le dijo al Troll: "¿Qué es eso, por favor?
Pues se parece a la tibia de mi tío Tim,
Que debería yacer en el cementerio.
¡Cementerio! ¡Sahumerio!
Hace ya muchos años que Tim se nos ha ido,

Y creí que aún yacía en el cementerio".
 "Compañero", dijo el Troll, "es un hueso robado.
 Pero, ¿de qué sirve un hueso en un agujero?
 Tu tío estaba muerto como un lingote de plomo,
 Mucho antes de que yo encontrara esta tibia.
 ¡Tibia! ¡Alivia!
 Puede darle una parte a un pobre viejo Troll;
 Pues él no necesita esta tibia".
 Dijo Tom: "No entiendo por qué las gentes como tú
 Han de servirse libremente
 La canilla o la tibia de mi tío;
 ¡Así que pásame ese viejo hueso!
 ¡Hueso! ¡Rehueso!
 Aunque esté muerto, aún le pertenece;
 ¡Pásame entonces ese viejo hueso!"
 "Un poco más", dijo el Troll sonriendo,
 "Y a ti también te comeré y te roeré las tibias.
 ¡Un bocado de carne fresca me caerá bien!
 Te clavaré los dientes ahora mismo.
 ¡Mismo! ¡Sismo!
 Estoy cansado de roer viejos huesos y cueros;
 Tengo ganas de comerte ahora mismo".
 Pensando ya que se había asegurado la cena,
 Descubrió que no tenía nada en las manos,
 Pues Tom se había deslizado por detrás
 Lanzándole un puntapié como buena lección.
 ¡Lección! ¡Cocción!
 Un puntapié en las asentaderas, pensó Tom,
 Será el modo de darle una lección.
 Pero más duros que la piedra son la carne y el hueso
 De un Troll que está sentado a solas en la loma.
 Tanto valdría patear la raíz de la montaña,
 Pues las asentaderas de un Troll son insensibles.
 ¡Insensibles! ¡Inservibles!
 El viejo Troll rió oyendo que Tom gruñía,
 Y supo que su pie era sensible.
 Tom regresó a su casa arrastrando la pierna,
 Y su pie quedó estropeado mucho tiempo,
 Pero al Troll no le importa y está siempre allí,
 Con el hueso que le birló al propietario.
 ¡Propietario! ¡Recetario!
 Las asentaderas del Troll son aún las mismas,
 ¡Y también el hueso que le birló al propietario!

El Troll solitario sentado en una piedra,
Cantaba una canción triste:
"¿Por qué, oh, por qué tengo que vivir solo
En las Colinas de Allá Lejos?
Los míos se fueron, no puedo llamarlos
Y ya no piensan en mí;
Solo me han dejado, el último de todos,
De la Cima de los Vientos al Mar."
"No robo oro, no bebo cerveza,
No como clase alguna de carne;
Pero la gente atemorizada cierra sus puertas,
En cuanto oye mis pasos.
¡Oh, como desearía que fueran más amables,
Y mis manos no tan rudas!
¡Sin embargo, mi corazón es blando, mi sonrisa es dulce,
Y no soy mal cocinero!"
"¡Vamos, vamos!", pensó, "¡Esto no puede ser!
Debo partir y encontrar un amigo;
Caminando sin prisa, recorreré
La Comarca de punta a punta".
Así que partió, y caminó toda la noche
Con los pies envueltos en botas de piel;
Llegó a Delagua con la luz de la mañana,
Cuando las gentes empezaban a ponerse en movimiento.
Miró a su alrededor, y a quién halló
Sino a la anciana señora Bunce
Con cesta y sombrilla, andando por la calle;
Y sonrió y se detuvo para llamarla:
"¡Buenos días, *Madame!* ¡Que tenga un buen día!
Espero que se encuentre bien".
Pero ella arrojó la sombrilla y la cesta
Y lanzó un espantoso grito.
El viejo Pott, el Alcalde, paseaba por allí cerca;
Cuando oyó aquel terrible sonido,
Del miedo se tornó púrpura y rosado,
Y se puso a cavar bajo tierra.
El Troll solitario se sintió herido y triste:
"¡No se vaya!", dijo alegremente,
Pero la vieja señora Bunce corrió a casa como enloquecida
Y se escondió bajo la cama.
El Troll llegó a la Plaza del Mercado
Y atisbó por sobre los puestos;
Las ovejas tornáronse salvajes al ver su cara
Y los gansos volaron por encima de las tapias.
El viejo granjero Hogg derramó su cerveza,
Bill el Carnicero arrojó su cuchillo,
Y su perro Grip hizo girar su cola
Y corrió para salvar la vida.
El viejo troll se sentó tristemente y lloró

Junto a la puerta de las Celdas,
Y Perry el Guiños se acercó a él
Y le dio una palmadita en la espalda.
"¿Oh, por qué lloras, bulto grandullón?
¡Estás mejor fuera que dentro!"
Dio al troll un golpe amigable,
Y rió al verle sonreír.
"¡Oh, Perry el Guiños, muchacho", gritó,
"Ven, tú eres la persona indicada!
Si estás deseando dar una vuelta
Te llevaré a casa para tomar el té".
Él saltó sobre su espalda y se agarró con fuerza,
Y dijo "¡Adelante!";
Y Guiños tuvo una fiesta aquella noche,
Y se sentó en la rodilla de viejo troll.
Hubo pastas de té, y tostadas con mantequilla,
Y jamón, y crema, y pastel,
Y Guiños se esforzó para ser el que más comiera,
Aunque todos sus botones se rompieran.
La olla cantó, el fuego ardía,
La marmita era grande y marrón,
Y Guiños trató de beber mucho té,
Aunque se ahogara.
Cuando rellenos y tiesos estuvieron la chaqueta y la piel,
Permanecieron sin hablar,
Hasta que el Viejo Troll dijo: "Ahora empezaré
A enseñarte el arte del panadero,
La hechura de maravilloso pan relleno,
De tortas ligeras y pardas;
Y entonces podrás dormir en un lecho de plumas
Con almohadas de pluma de búho".
"Joven Guiños, ¿dónde has estado?", dijeron ellos.
He estado en un té indecente,
Y me siento hinchado, porque he comido
Pan relleno", dijo él.
"¿Pero en qué lugar de la Comarca, muchacho, ha ocurrido eso?
¿O ha sido fuera, en Bree?", dijeron ellos.
Pero Guiños contestó simplemente:
"No voy a decirlo".
"Yo sé donde", dijo Jack el Curioso,
"He observado como cabalgaba:
Fue sobre la espalda del Viejo Troll
A las colinas de Allá Lejos".
Entonces todo el mundo fue voluntariamente,
En Poney, en carruaje, o en un jamelgo,
Hasta que llegaron a una casa en la colina
Y vieron una humeante chimenea.
Golpearon la puerta del Viejo Troll.
"¡Cocina para nosotros
Un delicioso pastel relleno,

Por favor, o dos o más!"
"¡Cocínalo!", dijeron, "¡cocínalo!"
"¡Idos a casa, idos a casa!", dijo el Viejo Troll,
"Yo no os he invitado".
Solo los jueves cocino mi pan,
Y solo para unos pocos".
"¡Idos a casa, idos a casa! Aquí hay un error.
Mi casa es demasiado pequeña;
No tengo pastas, ni crema, ni pasteles:
¡Guiños se lo ha comido todo!
Tú, Jack, y Hogg y el Viejo Bunce y Pott,
No quiero ver a nadie más.
¡Largáos! ¡Largáos todos!
¡Guiños es mi tipo favorito!"
Perry el Guiños se engordó muchísimo
Por comer pasteles rellenos,
Su faja se rompió, y nunca más un sombrero
Pudo ponerse en la cabeza;
Porque cada jueves iba a tomar el té,
Y se sentaba en el suelo de la cocina,
Y más pequeño el Troll parecía
A medida que él crecía y crecía.
Guiños llegó a ser un gran panadero,
Como aún dice la canción;
Desde el mar a Bree llegó la fama
De su pan corto y largo.
Pero no era tan bueno como el pastel relleno;
No tenía tan rica mantequilla,
Como cada jueves el Viejo Troll ofrecía
Para el té de Perry el Guiños.

IX

Los labios maulladores

Las sombras donde moran los Labios Maulladores
Son negras y húmedas como la tinta,
Y lenta y suavemente hacen sonar su campana,
Mientras te hundes en el limo.
Te hundes en el barro, tú que te atreves
A llamar a su puerta,
Mientras las gárgolas sonrientes observan
Y fluyen aguas venenosas.
Junto a la corrompida ribera del río
Lloran los sauces colgantes,
Y los grajos se yerguen siniestramente
Graznando en sueños.
Más allá de las Montañas de Merlock, tras un largo y fatigoso camino,

En un valle mohoso donde los árboles son grises,
Junto a un estanque de orillas oscuras sin viento ni mareas,
Sin sol y sin luna, se esconden los Labios Maulladores.
Las cavernas donde los Labios Maulladores se reúnen
Son profundas, húmedas y frías
Iluminadas con una enfermiza vela;
Y allí es donde cuentan su oro.
Sus paredes son húmedas, sus techos gotean;
Sus pies sobre el suelo
Se mueven suavemente con un flip-flap,
Mientras se deslizan hacia la puerta.
Se asoman fuera astutamente; con un crac
Sus sensibles dedos crujen,
Y cuando han terminado, tus huesos
Se llevan en un saco.
Más allá de las Montañas Merlock, tras un largo y solitario camino,
A través de las Sombras de las Arañas y del Pantano de Tode,
Y a través del bosque de árboles colgantes y la Maleza del Patíbulo,
Vas a buscar a los Labios Maulladores, y ellos te comerán.

X

El olifante

Gris como un ratón,
Grande como una casa,
La nariz de serpiente,
Hago temblar la tierra
Cuando piso la hierba;
Los árboles se quiebran a mi paso.
Con cuernos en la boca
Camino por el sur,
Moviendo mis grandes orejas.
Desde años sin cuento
Marcho de un lado a otro,
Y ni para morir
En la tierra me acuesto.
Yo soy el olifante,
El más grande de todos,
Viejo, alto y enorme.
Si alguna vez me ves,
No podrás olvidarme.
Y si nunca me encuentras
No creerás que existo.
Pero soy el viejo olifante,

Y nunca miento.

Xi

Fastitocalon

¡Mirad, ahí está Fastitocalon!
Una buena isla en la que desembarcar,
Aunque algo desolada.
¡Vamos, dejad el mar! ¡Y corramos,
O bailemos, o tumbémonos al sol!
¡Ved como las gaviotas se sientan ahí!
¡Tened cuidado!
Las gaviotas no se hundan.
Allí se sientan, se pavonean y se acicalan;
Su papel es dar el aviso,
Si alguien se atreve
A instalarse en esa isla,
O a buscar solo por un instante
Alivio para una enfermedad, o para la humedad,
O tal vez hervir una olla.
¡Ah, gente imprudente, aquellos que desembarcan sobre Él!
Y preparan un pequeño fuego
¡Y tal vez ansían un té!
Quizás su concha es gruesa,
Parece dormir; pero Él es veloz,
Y ahora flota en el mar,
Engañosamente.
Y cuando Él oye sus pies que golpean,
O nota tenuemente el súbito calor,
Con una sonrisa,
Se sumerge,
Y dándose la vuelta prestamente
Los arroja fuera y se ahogan en lo más profundo,
Y pierden sus tontas vidas
Para su sorpresa.
¡Sed prudentes!
Hay muchos monstruos en el mar,
Pero ninguno tan peligroso como Él,
El viejo y córneo Fastitocalon,
Cuya progenie poderosa ya se ha ido,
El último de los antiguos peces-tortuga.
De modo que si deseáis salvar vuestra vida
Entonces os advierto:
Prestad atención al saber de los antiguos navegantes,
¡No pongáis pie en orillas desconocidas!
O mejor aún,
¡Cumplid vuestros días en la Tierra Media
En paz y regocijo!

Xii

Gato

El gato gordo en el felpudo
Parece soñar
Con hermosos ratones suficientes
Para él, o con crema;
Pero él, tal vez, camina libremente
Con pensamientos ligeros, orgulloso,
Donde rugió alto o luchó
Su parentela, delgada y magra,
O donde en cuevas profundas
En el este se dio banquetes con bestias
Y con hombres tiernos.
El león gigante con una garra de hierro
En su zarpa,
Y grandes y crueles dientes
En la ensangrentada mandíbula;
El leopardo, cubierto de oscuras estrellas,
De pies veloces,
A menudo con suavidad desde lo alto
Salta sobre su comida
Donde los bosques se entrevén en la oscuridad-
Lejos están ahora,
Fieros y libres,
Y domesticado está él;
Pero el gato gordo en el felpudo
Retenido como mascota,
No los olvida.

Xiii

La novia de la sombra

Había un hombre que vivía solo,
Mientras pasaban el día y la noche
Se sentaba tan quieto como una piedra esculpida,
Y no arrojaba ninguna sombra.
Los búhos blancos se posaban sobre su cabeza
Bajo la luna de invierno;
Se frotaban los picos y lo creían muerto
Bajo las estrellas de junio.
Llegó una dama vestida de gris
Brillando en el crepúsculo:
Permaneció quieta un instante,

Con flores entrelazadas en su pelo.
Él despertó, como surgido de la piedra,
Y rompióse el hechizo que lo retenía;
La abrazó de prisa, ambos de carne y hueso,
Y ella arremolinó su sombra alrededor de él.
Ella no anda más por sus caminos
Con sol, luna o estrellas;
Mora abajo, donde no existe día
Ni noche alguna.
Pero una vez al año, cuando bostezan las cavernas
Y despiertan las cosas ocultas,
Bailan juntos hasta el amanecer
Y no proyectan más que una sombra.

Xiv

El tesoro

Cuando la Luna era nueva y el Sol joven
De plata y oro cantaban los Dioses:
Derramaban plata en la verde hierba,
Y llenaban las blancas aguas con oro.
Antes de que se excavara el Abismo o se abriera el Infierno,
Antes de que fueran criados los Enanos o nacieran los Dragones,
Existían los Elfos de antaño, y poderosos hechizos
Bajo verdes colinas y huecos valles
Cantaban mientras forjaban muchos objetos hermosos,
Y las brillantes coronas de los Reyes Élficos.
Pero su destino les alcanzó, y su canción declinó,
Golpeados por el hierro y encadenados por el acero.
Su avaricia no cantaba, ni sus bocas sonreían,
Apilaron su riqueza en agujeros oscuros,
Plata cincelada y oro grabado:
Las sombras cayeron sobre el Hogar de los Elfos.
Un viejo enano vivía en una cueva oscura,
Sus dedos se habían aficionado al oro y a la plata;
Con martillo y tenazas y yunque
Trabajó con sus manos hasta despellejarlas,
Hizo monedas, y collares de anillos,
Y pensó en comprar el poder de los Reyes.
Pero sus ojos estaban oscurecidos y sus oídos eran débiles
Y su piel amarilla sobre el viejo cráneo;
Con su tenaza huesuda, de pálido resplandor
Las piedras preciosas pasaban sin ser vistas.
No oyó los pies, aunque la tierra temblaba,
Cuando el joven dragón apagó su sed,
Y humeó el arroyo frente a su oscura puerta..
Las llamas silbaban en el suelo húmedo,
Y murió solo en el rojo fuego;
Sus huesos se volvieron cenizas en el barro caliente.

Había un viejo dragón bajo la roca gris;
 Sus ojos rojos parpadeaban mientras yacía en soledad.
 Su alegría se terminó y su juventud había pasado,
 Estaba nudoso y arrugado, y sus miembros se curvaron
 En los largos años que pasó encadenado a su oro;
 En el horno de su corazón se había apagado el fuego.
 Al limo de su vientre se habían adherido fuertemente las gemas,
 Oro y plata olfateaba y lamía:
 Conocía el sitio del más infimo anillo
 Bajo la sombra de su negra ala.
 En su dura cama pensaba en ladrones,
 Y soñaba con alimentarse de su carne,
 Hacer crujir sus huesos, y beber su sangre:
 Inclino las orejas y respiró pesadamente.
 Sonó una cota de malla. No la oyó.
 Una voz hizo eco en la gruta profunda:
 Un joven guerrero de brillante espada
 Lo desafió a defender su tesoro.
 Sus colmillos eran dagas, y de cuerno su piel,
 Pero el hierro le arañó, y murió su llama.
 Había un viejo rey en un alto trono:
 Su larga barba caía sobre rodillas de hueso;
 Su boca ya no saboreaba la carne ni la bebida,
 Ni sus oídos la música; sólo podía pensar
 En su gran cofre con la tapa tallada
 Donde se ocultaban gemas pálidas y oro
 En secreta tesorería bajo el suelo oscuro;
 Sus fuertes puertas estaban forradas de hierro.
 Las espadas de sus caballeros estaban cubiertas de herrumbre,
 Su gloria caída, su dominio derribado,
 Sus salas vacías y sus cenadores fríos,
 Pero el rey estaba hecho de oro élfico.
 No oía los cuernos en los pasos de la montaña,
 No olía la sangre en la hollada hierba,
 Pero sus salas habían ardido, su reino se había perdido;
 En un frío pozo se arrojaron sus huesos.
 Hay un antiguo tesoro en una oscura roca,
 Olvidado tras puertas que nadie puede abrir;
 Ningún hombre puede traspasar ese horrendo umbral.
 En el terraplén crece la verde hierba;
 Allí pastan las ovejas y vuelan las alondras,
 Y el viento sopla desde la orilla del mar.

La noche guardará el viejo tesoro,
 Mientras la tierra aguarda y los Elfos duermen.

Caminaba junto al mar, y vino a mí,
Como un rayo de luz estelar en la húmeda arena,
Una concha blanca como una campana;
Temblando fue a parar a mi mano mojada.
En mis agitados dedos pude oír como despertaba
Un sonido en su interior, como una boya balanceándose
Junto a la barra de un puerto, una llamada que sonaba
Sobre mares infinitos, ahora lejana y débil.
Entonces vi un bote flotando en silencio
En la marea nocturna, vacío y gris.
"¡Es muy tarde! ¿Por qué esperar?"
Salté a bordo y grité: "¡Llévame lejos!"
Me llevó lejos, húmedo de rocío,
Envuelto por la niebla, herido por el sueño,
A una playa extraña, en una tierra extraña.
En el crepúsculo más allá del abismo
Oí una campana balancearse en la marejada,
Sonando, sonando, mientras rugían los rompientes
En los ocultos dientes de un peligroso arrecife;
Y llegué por fin a una extensa orilla.
Blanca centeallaba, y el mar hervía
Con estrellas espejeantes en una red de plata;
Riscos de piedra pálidos como huesos
En la espuma lunar lanzaban destellos de humedad.
Arena brillante se deslizaba por mi mano,
Polvo de perlas y joyas pulverizadas,
Caracolas de ópalo, rosas de coral,
Flautas verdes de amatista.
Pero bajo el alero de los riscos se abrían lóbregas cuevas,
Con cortinas de maleza, oscuras y grises;
Un aire frío agitó mis cabellos,
Y la luz se desvaneció, mientras yo me alejaba.
Un verde riachuelo bajaba la colina;
Bebí sus aguas para alivio de mi corazón.
Subí su escalera, hasta un hermoso país
De eterna vigilia, lejos del mar,
Salté por los prados de sombras palpitantes;
Allí yacían flores como estrellas caídas,
Y en un estanque azul, frío y vidrioso,
Nenúfares como lunas flotantes.
Los alisos dormían, y los sauces lloraban
Junto a un lento río de hierbas onduladas;
Espadas de lirio guardaban los vados,
Y verdes lanzas y flechas de caña.
El eco de una canción sonó toda la tarde
Abajo en el valle; Muchas cosas
Corrían aquí y allá: Liebres blancas como la nieve,
Ratones que surgían de agujeros; Polillas aladas
Con ojos brillantes; En una tensa quietud
Los tejones miraban fijamente desde oscuras puertas.

Oí canciones allí, música en el aire,
Pies apresurados en el verde suelo.
Pero a donde quiera que fuese ocurría lo mismo:
Los pies huían, y todo quedaba tranquilo;
Nunca un saludo, sólo las fugaces
Cañas, las voces, y cuernos en la colina.
De hojas de río y gavillas de juncos
Me hice una capa de verde enjorjado,
Una larga vara, y un dorado estandarte;
Mis ojos brillaban como brillan las estrellas.
De flores coronado me subí a un montículo,
Y de modo penetrante, como el canto del gallo
Grité orgullosamente: "¿Por qué os ocultáis?
¿Por qué nadie habla, a donde quiera que voy?
Aquí estoy ahora, Señor de esta tierra,
Con mi espada de lirio y mi maza de caña.
¡Contestad a mi llamada! ¡Venid todos!
¡Habladme con palabras! ¡Mostradme vuestras caras!"
Llegó una nube negra como una mortaja nocturna,
Fui a tientas como un oscuro topo,
Caí al suelo, mis manos se arrastraban
Con los ojos ciegos y la espalda doblada.
Subí a un árbol: se alzaba silencioso
Con las hojas muertas; desnudas estaban sus ramas.
Allí debí sentarme, dejando vagar mi ingenio,
Mientras los búhos roncaban en su hueco hogar.
Me quedé allí un día y un año:
Los escarabajos golpeaban las ramas putrefactas,
Las arañas tejían, en el musgo levantaban
Bejines que asomaban en mis rodillas.
Finalmente llegó la luz en mi larga noche,
Y vi como mi cabello colgaba gris.
"¡Aunque esté encorvado, debo encontrar el mar!
Me he perdido, y no conozco el camino,
¡Pero partiré!" Entonces tropezé;
La sombra cayó sobre mi como un murciélago cazador;
En mis oídos sopló un viento errante,
E intenté cubrirme con ropas andrajosas.
Mis manos estaban rotas, mis rodillas cansadas,
Y los años pesaban sobre mi espalda,
Cuando la lluvia en mi cara trajo un sabor salado,
Y pude oler el aroma de los pecios del mar.
Los pájaros llegaron navegando, aullando, lamentándose,
Oí voces en frías cuevas,
Focas ladrando, el gruñido de las rocas,
Y el mugir de las rocas en los acantilados.
El invierno pasó veloz; me sumergí en la niebla,
Llevé mis años hasta el fin del mundo;
La nieve estaba en el aire, el hielo en mis cabellos,
La oscuridad se extendía en la última orilla.

El barco aún esperaba a flote,
Llevado por la corriente, sacudiendo la proa.
Cansado yací en él, mientras me llevaba,
Saltando las olas, cruzando los mares,
Pasando junto a viejos cascos, repletos de gaviotas
Y grandes buques repletos de luz,
Que llegaban a puerto, oscuros como cuervos,
Silenciosos como la nieve, en la noche profunda.
Las casas estaban cerradas, el viento sigiloso las rodeaba,
Las calles estaban vacías. Me senté junto a una puerta,
Y donde una suave lluvia cayó en un desagüe
Arrojé todo cuanto llevaba:
En mi apretada mano algunos granos de arena,
Y una concha marina silenciosa y muerta.
Nunca escuchará mi oído el sonido de esa campana,
Ni hollarán mis pies aquella orilla
Nunca más, ya que en una callejuela triste,
En un callejón ciego, o en una larga calle
Camino furioso. Me hablo a mi mismo;
Porque siguen sin hablar, aquellos a quienes encuentro.

Xvi

El último barco

Fíriel miró afuera cuando el reloj dió las tres:
La noche gris se iba;
En la lejanía un gallo dorado
Cantaba, claro y penetrante.
Eran oscuros los árboles, y pálido el amanecer,
Los pájaros, ya despiertos, piaban,
Soplaba un viento frío y delicado
Que hacía crujir las oscuras ramas.
Ella contempló el resplandor creciente en la ventana,
Hasta que la intensa luz centelleó
En la tierra y en las hojas; abajo, en la hierba
Brillaba el rocío gris.
Sus blancos pies se deslizaron por el suelo,
Bajaron la escalera,
Avanzaron danzando por la hierba
Salpicados de rocío.
Su vestido llevaba joyas en el borde,
Mientras ella corría hacia el río,
Y se inclinaba sobre una raíz de sauce,
Y contemplaba el temblor del agua.
Un Martín Pescador se zambulló como una piedra
Descendiendo en un relámpago azul,
Las cañas dobladas volaron suavemente,
Hojas de lila se desparramaron.

Una música repentina llegó a ella,
Mientras permanecía allí centelleando
Con el cabello suelto en el fuego de la mañana
Flotando en su espalda.
Sonaban arpas allí, y se rasgaban arpas,
Y se oía sonido de canciones,
Voces como viento, sutiles y jóvenes
Y campanas lejanas repicando.
Un buque con pico y remos dorados
Y blancos maderos llegó deslizándose;
Cisnes navegaban ante él,
Guiando su alta proa.
Hermosa gente de Elfinesse
Remaban, vestidos de plata gris,
Y ella vió a tres coronados que allí se erguían
Con los brillantes cabellos flotando al viento.
Con arpas en la mano cantaron su canción
Balanceando lentamente los remos:
"Verde es la tierra, largas las hojas,
Y los pájaros cantan.
Más de un día de dorado amanecer
Iluminará esta tierra,
Más de una flor se desplegará,
Mientras los campos de maíz se vuelven blancos."
"¿a dónde os dirigís, hermosos barqueros,
Deslizándoos río abajo?
¿Al crepúsculo y al secreto cubil
Oculto en el gran bosque?
¿A islas del norte y a orillas de piedra
Con poderosos cisnes volando,
Para morar solitarios junto a las frías olas,
Donde se lamentan las gaviotas?"
"¡No!", contestaron, "Muy lejos
Viajamos por el último camino,
Dejando los Puertos Grises Occidentales,
Haciendo frente a los Mares Sombríos,
Volvemos al Hogar de los Elfos,
Donde crece el Árbol Blanco,
Y la estrella brilla sobre la espuma
Que fluye en la última orilla.
"Decimos adios a los campos mortales
De la Tierra Media abandonada!
En el Hogar de los Elfos, una clara campana
Se agita en la alta torre.
Aquí la hierba se marchita y caen las hojas,
El sol y la luna se apagan,
Y hemos oído la lejana llamada
Que nos ordena viajar hasta allá."
Los remos se detuvieron. Ellos dieron la vuelta:
"¿Escuchas la llamada, Doncella de la Tierra?"

¡Fíriel! ¡Fíriel!" Gritaron.
"Nuestro barco no está al completo,
Sólo a uno más podemos llevar.
¡Ven! Porque tus días pasan veloces.
¡Ven! Doncella de la Tierra, élfica belleza,
Presta atención a nuestra última llamada."
Fíriel miró desde la orilla,
Dio un audaz paso;
Hundió profundamente su pie en el barro,
Y se detuvo mirando fijamente.
Con lentitud el buque élfico se alejaba
Susurrando a través del agua;
"¡No puedo venir!" la oyeron gritar.
"¡Nací hija de la tierra!"
No brillaban joyas en su toga,
Mientras volvía del prado
Bajo el techo y la puerta oscura,
Bajo la sombra de la casa.
Se quitó su blusón marrón rojizo,
Trenzó su largo cabello,
Y volvió a su labor,
Pronto se desvaneció la luz del sol.
Los años aún pasan veloces
En los Siete Ríos;
Pasan las nubes, brilla el sol,
Tiemblan las cañas y los sauces
En la mañana y la tarde, pero nunca más
Los barcos que van al occidente han navegado
En aguas mortales, como antes,
Y su canción se ha apagado.